

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



ESCRIBE JAVIER CONDE: La casa de Gallegos en Madrid era el verdadero consulado venezolano. El consulado "rebelde" por donde pasaban las más variadas gentes marcadas por el exilio y las prisiones.



NOVELA >> *EL PACIFICADOR*, DE FRANCISCO SUNIAGA

Entrevista a Francisco Suniaga

Autor de novelas fundamentales como *La otra isla* (2005) y *El pasajero de Truman* (2008), Francisco Suniaga ha publicado su quinta novela: *El pacificador*, dedicada a la campaña que el general Pablo Morillo hizo en Venezuela y Nueva Granada entre 1815 y 1820

NELSON RIVERA

¿Puede contarnos de la investigación histórica que sirve de fundamento a su novela?

Esta novela requirió una extensa investigación sobre hechos y personajes históricos que rara vez se abordan en la educación formal. Sin embargo, la perspectiva adoptada no es la de quien escribe una tesis académica o un libro de historia, sino la de un novelista. Por lo tanto, seleccioné únicamente aquello que servía a los fines narrativos de la obra. A veces se lee algún texto no para buscar datos concretos, sino para revivir las atmósferas de ciertos relatos. Por ejemplo, releí *Lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, porque quería experimentar nuevamente la obsesión de Presentación Campos por encontrarse con Bolívar, tan solo por verlo. De alguna manera, esta lectura me inspiró para narrar la historia de Morillo.

Las fuentes históricas directas, como cartas, proclamas y memorias de los propios actores históricos, son numerosas. Morillo escribió sus memorias, básicamente una recopilación de proclamas y comunicaciones con el mando español en Madrid. En ellas se incluyen también documentos oficiales de los juicios a los que fue sometido tras su regreso desde Caracas. Simón Bolívar, por su parte, dejó un vasto archivo de documentos personales, afortunadamente preservados en el Archivo de Bolívar, digitalizado por la Academia Nacional de la Historia.

Las extensas memorias y archivos de Daniel O'Leary resultaron cruciales. En ellos encontré la carta de noviembre de 1821, escrita cuando Morillo ya estaba en Madrid. Esta misiva es especialmente importante por su tono cordial, humano y francamente amistoso, con el que el Libertador se dirige a Morillo, su antiguo enemigo. Esto demuestra que la reconciliación política es perfectamente posible. Consulté también el *Diario de Bucaramanga*, de Luis Perú de Lacroix, edecán del Libertador, así como el diario del diplomático inglés Robert Ker Porter, editado por la Fundación Polar, donde se describe con detalle la entrada de Bolívar en Caracas en 1826.

Otras fuentes primarias significativas incluyen el relato de Rafael Sevilla,

capitán de la expedición, titulado *Memorias sobre la guerra en Tierra Firme*, que me sirvió para dar vida al personaje de José María Asorey en la novela.

Mis visitas al área de investigadores del Museo Naval de España, en Madrid, fueron igualmente relevantes. De allí provienen las narraciones sobre enfrentamientos navales, como el de Trafalgar, y los acontecimientos relacionados con el buque insignia San Pedro Alcántara.

Las referencias bibliográficas son también enormes. Tuve la suerte de acceder a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, la Biblioteca Nacional de España y la del Instituto Iberoamericano de Berlín, lo que amplió considerablemente el marco de consulta. Obras como *La historia constitucional de Venezuela*, de Gil Fortoul, o *La revolución popular de 1814*, de Juan Uslar Pietri, fueron esenciales para aclarar y organizar el contexto histórico. Para precisiones en torno al ejército español fue de gran utilidad tener a mi disposición *El ejército realista en la Independencia americana*, de José Semprún y Alfonso Bullón de Mendoza.

Entre las biografías sobre Morillo, destaca la escrita por Antonio Rodríguez Villa a principios del siglo XX, la más extensa y detallada. También consulté la obra de Andrés Révész y, más recientemente, la biografía de Gonzalo Quintero Sarabia. Además, *Pablo Morillo and Venezuela, 1815-1820*, del estadounidense Stephen Stoen, expone con gran claridad los conflictos de Morillo con la burocracia española durante su estancia en Venezuela.

Para estructurar el personaje literario de Miranda, recurrí a la biografía de Mariano Picón Salas y a *El hijo de la panadera*, de Inés Quintero. Para desarrollar el personaje de José Francisco Bermúdez, fue clave la biografía escrita por Eduardo Morales Gil. Considero que el episodio de

su muerte violenta define su carácter más que cualquier otro momento.

En cuanto a la historia de Margarita, obras como *La historia de Margarita*, de Francisco Javier Yáñez, y *Matasiete, montaña de gloria*, del margariteño Jesús Manuel Subero, fueron fundamentales para ambientar los hechos ocurridos durante las dos visitas de Morillo a la isla.

Para episodios como el sitio y toma de Cartagena, consulté *Mosquito Empires*, de John Robert McNeill, que describe extensamente la ciudad, su entorno natural y defensas en la campaña fallida del almirante Vernon casi un siglo antes de Morillo. También fue útil la obra del arquitecto e historiador Germán Téllez, *Cartagena y la Independencia: los mitos y realidades del asedio*, por su enfoque crítico.

En conclusión, la investigación consumió una parte significativa del tiempo dedicado a concebir y escribir *El pacificador*. Comencé a trabajar en 2019 y la terminé en 2023.

Pablo Morillo. Usted no solo despliega al sujeto histórico, sino que construye un personaje literario, que sufre un cambio interior a lo largo de los años que estuvo en Venezuela. ¿Morillo era un hombre enfrentado a dilemas?

Pablo Morillo recorre, en el curso de sus cinco años en Venezuela y la Nueva Granada, una parábola histórica tan extraordinaria que, solo con describirla, se alcanzan cotas de ficción literaria. Su viaje interior es tan profundo como ancho el océano que debió atravesar con sus barcos para llegar a Tierra Firme. Nada tiene que ver el Morillo que visitó a Margarita en 1815 con el que entró a Bogotá en 1816, ni con el que volvió a la isla en 1817 y, tampoco con el que regresó a España en 1820.

Es la historia del héroe trágico que, en su ambición por el poder, transita umbrales prohibidos. Quizás era verdad que no había ambicionado comandar esa expedición, pero eso no

podía librarlo de los dilemas tremendos que debe confronta cualquier hombre que desea ser poderoso. Dilemas que, al final, como suele ocurrir, terminan por quebrar a ese héroe. El primero de ellos fue el de aceptar o no el mando de la expedición a Tierra Firme. Era un general con gran prestigio, ganado en los campos de batalla contra el ejército francés, y tal vez, dada su extracción campesina, el más popular en España. Su carrera no tenía techo; quizás soñaba con ser un Bonaparte español.

Por el otro lado, en el plano personal, era viudo, sin descendencia, estaba próximo a cumplir cuarenta años y comprometido con una hermosa sevillana de quien se había enamorado. Aspiraba, al mismo tiempo que la gloria, vivir una vida apacible y construir una familia. Aspiraciones excluyentes aunque lógicas para quien ya tenía seis años de guerra y una carrera militar que había comenzado en la adolescencia. Optó por aceptar la primera, persuadido o amparado por la propuesta del general Francisco Castaños, quien había sido su protector y mentor. Ese fue su error trágico, su *hamartia*.*

Su intención pacifista, genuina y sincera, vistos sus primeros actos en Margarita, chocó de frente con la violencia brutal e inhumana del conflicto en Tierra Firme. También tuvo ante sí la gran contradicción de ser el hombre más poderoso de este vasto territorio y verse demandado por la burocracia española a actuar dentro de un marco jurídico que lo limitaba. Cayó entonces en el dilema clásico del tirano: prefirió ejercer el poder basado en la materialidad de las armas y atropellar al civil emanado de las leyes. Una dinámica que se fue agudizando con cada decisión que tomaba; un abuso lo llevaba a otro. El mismo gran dilema que en Venezuela no se ha resuelto desde entonces y que explica buena parte de nuestra

historia como nación.

***El pacificador* está atravesado por la extrema crueldad de la guerra. Se dice que en ninguna otra parte del continente se produjo tanto desafuero. El Decreto de Guerra a Muerte parece haber potenciado la atrocidad. En su visión de novelista y estudioso de la historia, ¿qué explica lo sangriento y destructivo de nuestra guerra de Independencia?**

El horror de una guerra como la de Independencia en Venezuela ha ocurrido en cualquier lugar y tiempo del mundo. Y ocurrirá siempre que se cumplan ciertas condiciones. Mas sucedió que las diferencias sociales que podrían haberse manejado políticamente, derivaron en abismos insalvables. La violencia apareció entonces como la salida lógica.

Ninguna sociedad está exenta de que algo así ocurra. Para salvar esas diferencias, producto de las aspiraciones democráticas de siglos, surgieron las instituciones políticas, los partidos, los parlamentos, las elecciones, el principio de la alternancia de los grupos en el ejercicio del poder. No obstante, si las diferencias se exacerbaban por el discurso y la acción política, sobre los primeros agravios se producen otros y el intercambio entre ellos genera nuevas narrativas que alimentan más violencia. Si no se cortan esos círculos perversos, pues se puede desembocar en una violencia generalizada, una guerra civil. Eso ocurrió en la Venezuela que buscaba su independencia de España y se encontró con sus propios demonios. Y podría ocurrir en la Venezuela de ahora, si la puerta a la solución política de las diferencias entre maduristas y opositores, abierta el pasado 28 de julio con unas elecciones, se cierra de manera definitiva con una patada criminal.

(Continúa en la página 2)



FRANCISCO SUNIAGA / ©VASCO SZINETAR

Entrevista a Francisco Suniaga

(Viene de la página 1)

La sociedad colonial venezolana era, salvando el tiempo y la distancia, un auténtico *apartheid* surafricano. O por lo menos, guardaba una similitud importante: la asimetría entre una minoría blanca, que acumulaba un poder económico, político y social casi monopolístico, y la mayoría mestiza muy pobre, a la que se sumaban los esclavos negros, para conformar “la masa hirsuta” a la que se refirió Mariano Picón Salas. Una casualidad histórica, los sucesos de 1808, la invasión napoleónica de España y la deposición de los Borbones por parte de los Bonaparte, iniciaron el proceso político de donde saltó la chispa que encendió la sabana.

Apareció Domingo de Monteverde con sus sangrientos excesos. La respuesta de los blancos criollos, que lograron reconquistar el poder en 1813, con la primera de las tres invasiones dirigidas por Simón Bolívar, la llamada Campaña Admirable, fue al mismo tiempo una venganza, instrumentada por medio del infame Decreto de Guerra a Muerte. La consecuencia de esa política revanchista, a la vuelta de un año, fue un auténtico cataclismo: José Tomás Boves.

Bolívar era reconocido como jefe y, al mismo tiempo, repudiado y hasta odiado por numerosos de los jefes militares republicanos. ¿Qué ocurría con este hombre? ¿Por qué producía repulsa y admiración simultáneamente?

Ciertamente, Simón Bolívar gastó buena parte de su energía enfrentando las conspiraciones y deslealtades de sus pares venezolanos y de otros compatriotas, compañeros en el mismo propósito independentista. De hecho, al morir estaba proscrito en Venezuela y era un indeseable en Colombia, de allí su viaje de Bogotá a Santa Marta, en 1830. Su deceso produjo declaraciones oficiales de júbilo a ambos lados de la frontera. La pregunta sobre ese rechazo al más grande venezolano es, por tanto, muy pertinente. A mi entender, sin embargo, esa es una interrogante que tendríamos que hacernos no solo sobre Bolívar sino sobre los demás personajes históricos que han asumido el liderazgo del país en situaciones de crisis. Desde la Independencia hasta el presente, en situaciones de crisis, nadie ha sido aceptado como líder indiscutible por sus pares y, cuando les ha tocado caer, han sido escarnecidos con particular saña.

Por supuesto que la aspiración no puede ser que los líderes sean seguidos con obsecuencia y unanimidad. La oposición y la diversidad de opiniones son necesarias y deben estar presentes en esos procesos políticos, pero dentro del marco de la lealtad para con quienes ascendieron de manera legítima a la posición más importante. No se puede jugar eternamente al “quitate tú pa’ ponerme yo”.

Para ejemplificarlo solo bastaría citar un año, 1819. En su transcurso, Bolívar reunió el Congreso de Angostura, realizó la campaña militar para liberar a la Nueva Granada y ganó las batallas decisivas de Pantano de Vargas y Boyacá. Vale decir, ejecutó actos militares de suprema importancia, en paralelo con los actos políticos civiles fundacionales de nuestras sociedades. Y, sin embargo, mientras estaba en Bogotá, fue objeto de un golpe militar en Angostura, por parte de Juan Bautista Arismendi.

Esta es una de las reflexiones que la novela *El pacificador* invita a hacer: ¿por qué esa falta de lealtad de los venezolanos para con sus líderes? De manera que, a lo mejor habría que replantearse la pregunta invirtiendo sus términos: ¿por qué, sin que obsten sus hazañas ciudadanas, su sacrificio y consistencia en los tiempos de crisis, los venezolanos pasan de la adhesión al rechazo desleal a sus líderes? Bolívar solo fue el primero, ya llevamos más de dos siglos en eso.

En su relato, Morillo visita a Miranda en La Carraca. Se encuentra con un hombre derrotado, profundamente desencantado, culto y de amarga sabiduría. Morillo no olvida ese encuentro y recuerda las palabras de Miranda, que le habla como una especie de oráculo

de las adversidades. ¿Existió ese encuentro?

Francisco de Miranda estaba prisionero en el penal de las Cuatro Torres, en terrenos de la base militar de La Carraca, en Cádiz, desde enero de 1814. Pablo Morillo llegó a ese puerto en agosto de ese mismo año y partió para América en febrero de 1815. De manera que es un hecho que ambos estuvieron en la misma ciudad, por lo menos durante unos seis meses. Dada esa coincidencia temporal, era posible pensar en un encuentro entre ellos. Era además lógico que ocurriera porque Miranda era un hombre siempre dispuesto a hablar y Morillo no tenía razones para no desearlo. De hecho le resultaba muy conveniente tener comentarios de un actor de primerísima línea del proceso independentista en Venezuela. Eso era suficiente para querer conversar con él.

Ahora, lo más probable es que ese encuentro no haya ocurrido. En mis consultas al respecto para esta novela, nunca he encontrado una alusión a que algo siquiera parecido pasara. Esa es la mayor ventaja que la ficción literaria histórica tiene sobre la historia formal. A la primera, para ser aceptable, basta con la posibilidad de que los hechos sean verosímiles y lógicos dentro de la trama y el desarrollo de los personajes. Que Miranda leyera y recitara un poema de Goethe en alemán, también era posible en lo temporal, el genio alemán ya era conocido y Miranda era un lector obsesivo. El evento, además, queda encuadrado perfectamente en la personalidad del Precursor, dado a impresionar a sus audiencias con su conocimiento y cultura. Y también, en el hecho de que una persona presa y aislada pierda cordura.

Al principio, tenía la intención de que el suyo fuese un capítulo introductorio que le diera al lector el marco en el que se desarrolla el relato. Pero hay un problema con los hombres como Miranda, cuando se les quiere tener como personajes de una ficción literaria. Tienen una fuerza mágica que impide los tratamientos tangenciales por el autor y hay que incluirlos de forma plena. El problema era entonces en que no podía ser en un solo capítulo porque se habría tornado interminable. De allí surgió entonces la idea de que su voz fuese una suerte de coro griego que, a lo largo de la novela, comenta su propia tragedia con el personaje principal. Y así, de la manera más natural, su peso dentro de la novela aumentó mucho, tanto como correspondía a su importancia histórica.

¿Qué ocurrió con el apoyo del reino de España a Morillo? A partir de cierto momento, lo dejan a su suerte.

Apoyo hubo, pero no podía mantenerse por un tiempo largo y, en el caso de Morillo, se prolongó cinco años. Al finalizar la guerra contra la Francia bonapartista, en 1814, España, aunque triunfadora, estaba exhausta en todos los ámbitos. Armar una expedición como la de Pablo Morillo a América fue un esfuerzo monumental del Estado y de la sociedad española. Por esa razón la salida de la expedición se retrasó meses esperando por barcos, pertrechos, avituallamiento y hombres —era una guerra muy impopular y no resultó fácil reclutarlos porque, además, Morillo no quería llevar con él soldados que no quisieran ir.

En lo económico, la expedición habría sido imposible de no haber sido por los grandes aportes de los comerciantes de Cádiz, los más afectados por la interrupción del intercambio comercial con América durante los seis años de guerra contra Napoleón. Ese entusiasmo patriótico inicial, sin embargo, como ocurre siempre en empresas políticas o militares, es muy difícil de sostenerse por mucho. En un imperio en emergencia, con un rey canalla e incompetente y muchas necesidades internas por satisfacer, creo que Pablo Morillo y su ejército desaparecieron de la agenda política del gobierno español y de las mentes de sus habitantes.

Los éxitos primeros de Morillo, visto que apenas a un año de su partida estaba entrando en Bogotá, después de haber tomado la inexpugnable Cartagena de Indias, también pudieron generar ese ambiente de que Tierra Firme era



PABLO MORILLO – HORACE VERNET / HERMITAGE MUSEUM

un problema resuelto. Tres años después, cuando la región entera era un campo de batalla, una gran casualidad acabó con cualquier esperanza de recibir apoyo desde la península: el pronunciamiento de Rafael del Riego.

Claro que también Fernando VII, un tipo realmente perverso y vil, pudo jugar en contra de Morillo y optar por dejarlo abandonado a su suerte al otro lado del Atlántico. En torno al general Morillo siempre hubo habladurías sobre su lealtad a la Corona. Durante sus meses en Cádiz, la ciudad más politizada de España —allí se reunían las Cortes y se escribió la primera constitución en Europa— coqueteó con la masonería, que era muy fuerte y poderosa. Eso lo ubicó en el bando de los

liberales y lo convirtió en una amenaza para el rey. Esa era una acusación grave y quitarse esa fama no fue fácil. Tuvo que hacerse miembro de una de las cofradías católicas de la ciudad para aplacar las voces de sus acusadores.

Era un general joven, con arraigo, popular en la España profunda y encima era masón y liberal, pues había que cuidarse de él. Ponerlo y dejarlo abandonado lejos de Madrid, en la orilla opuesta, era la mejor solución para Fernando VII. Si efectivamente conspiró para hacer eso o no es materia de la historiografía. Aunque también resulta cierto que una España ya exangüe no podía apoyarlo materialmente. La verdad de lo ocurrido está por ahí, quizás a mitad de camino entre esas dos posibilidades. Al escritor de novelas le basta con asomar el tema.

Lo que sí está más allá de cualquier discusión es que solicitó en doce oportunidades su traslado, pero no le fue concedido sino hasta 1820, después de haber negociado el armisticio. Volvió solo, sin ejército y sin dinero, ya no era una amenaza para nadie.

Con frecuencia uno se abandona a la experiencia de leer *El pacificador* como si fuera un documentado y fluido libro de historia. Pero, en realidad, se trata de una novela. ¿En qué consisten los desafíos de escribir ficción a partir de hechos históricos documentados?

Hay una situación difícil que salvar para quien narra hechos históricos desde la ficción literaria. Los venezolanos conocen su historia. Aunque, claro, ese conocimiento es asimétrico. Hay gente que la conoce muy bien, en profundidad y detalle, otra que solo conoce lo grueso, los titulares, y algunos que muy poco saben de ella. Eso obliga a informarles a todos el marco en el que se desarrolla la historia de una manera atractiva, de una manera distinta a como se haría en una novela de actualidad. Eso solo es posible si el escritor del relato se apodera de aquellos espacios, huecos de la historia de los que nada se sabe. Por ejemplo, el viaje a lomo de caballo de Luisa Cáceres y Juan Bautista Arismendi, entre Porlamar y La Asunción, como aparece en *El pacificador*.

Por eso es necesario investigar las fuentes para encontrar esos intersti-

cios existentes entre los hechos históricos comprobados, por donde puede colarse el cuento que se narra. En esta novela hay un ejemplo perfecto. Daniel O’Leary, actor y testigo de primera mano, narró en sus memorias el encuentro de Bolívar y Morillo en Santa Ana, Trujillo. Recogió la atmósfera de la reunión, la calidez con la que los otrora enemigos mortales se trataron y el hecho de que esa noche durmieron bajo el mismo techo. Él mismo especifica que lo que los dos jefes hablaron no se podía escuchar con nitidez desde donde ellos estaban. Aunque sí era posible distinguir el tono cordial de la conversación y el hecho que de vez en cuando se escuchaban sus carcajadas.

Eso lo saben los historiadores, pero hasta allí pueden llegar, ese es su límite. El narrador de ficción tiene en cambio la licencia de meterse en el salón en el que estaban los dos jefes y poner en boca de ellos palabras que resulten lógicas y verosímiles, que pudieron haber dicho o no, pero que nadie puede negar ni corroborar. Por eso, en *El pacificador* nuestros dos personajes terminan hablando de mujeres, que es un tema del que los hombres casi siempre hablamos.

Quiero pedirle que me hable de Miranda, ese Miranda culto, brillante y cosmopolita, que termina su vida encerrado en una prisión militar en Cádiz. Hay en él una trayectoria azarosa y rutilante, que termina de modo opaco y trágico. ¿Le atrae, le interesa Miranda?

Como cualquier venezolano, no puede ser indiferente ante Francisco de Miranda. Mi idea era usar su diálogo con Morillo como parte de la narración que informa al lector, en particular si no es venezolano, del marco en el que se desarrolla la historia. Solo que lo suyo, como ya expliqué, tomó vuelo y su presencia a lo largo de la novela se hace constante. Miranda era, como usted ha dicho, culto, brillante y cosmopolita; la combinación perfecta para ser rechazado por este país hecho con hacha y machete, que sigue deponiendo a los Vargas para quedarse con los Carujos. ☺

**El pacificador*. Francisco Suniaga. Editorial Alfa. España, 2024.

**Hamartia*: palabra que sintetiza la idea de error trágico.

“
Como cualquier
venezolano,
no pude ser
indiferente ante
Francisco de
Miranda”



PUBLICACIÓN >> VIDAS EXILIADAS (BARRALIBROS EDITORES, 2024)

Cuando Gallegos fue “don Rómbalo”

Periodista venezolano nacido en España, que ha tenido numerosas responsabilidades de dirección en medios de comunicación de Venezuela (*Tal Cual*, *Diario 2001*, revista *Primicia*, *El Nacional*), Javier Conde ha publicado *Vidas exiliadas. Veintiún historias de desarraigo y luchas políticas*. Del mismo hemos seleccionado una crónica que cuenta los dos veranos –1934 y 1935– que Rómulo Gallegos y su esposa Teotiste pasaron en Bueu, pueblo de Galicia

JAVIER CONDE

Hace 74 años fue derrocado el gobierno de Rómulo Gallegos, la primera y efímera experiencia democrática del siglo XX venezolano. Una década y media antes, durante su exilio en tiempos gomecistas, el autor de *Doña Bárbara* vivió en España y pasó los veranos de 1934 y 1935 en el pequeño pueblo marinero de Bueu. Buscaba el origen galaico de sus apellidos Gallegos Freire y un lugar apacible para entregarse a su pasión literaria. Y halló también un grupo literario, artístico y político preocupado igual por la suerte de la joven República española y por el destino, que parecía inamovible, de Venezuela.

“Si nos preguntamos sobre las razones que hacen coincidir a un grupo tan especial, creativo y talentoso en Bueu en ese momento histórico, habría que manejar ciertas dosis de casualidad y mesturarlas con el determinismo de una certeza: podía suceder y sucedió en Bueu”, me dice, mientras se recupera de una intervención quirúrgica, Xaime Toxo, presidente del Ateneo de Pontevedra, psicólogo, profesor y escritor, nacido en Bueu, donde forma parte del grupo de trabajo *O mar por diante* (El mar por delante).

El mismo mar de olas plateadas que Rómulo Gallegos atisbaba desde una casa que daba al arenal de la playa de Beluso mientras tecleaba y remataba *Pobre negro* en aquel año de 1935, y estiraba las noches en conversas con un grupo de personajes –de la literatura y el arte, el periodismo y la política– insólito para aquel paraje aislado de los centros de poder, la cultura y el pensamiento.

Bueu está ubicado a una veintena de kilómetros de Pontevedra, en la península del Morrazo, llena de valles, montes y ensenadas que dividen las rías de Vigo y de Pontevedra. Era en aquel entonces un pequeñísimo núcleo marinero que habitaban también campesinos afanados en pequeñas fincas, una modesta clase media de administrativos y mercantil y una burguesía conservera de origen catalán e italiano.

Os venezolanos (los venezolanos), como se les conoció, dejaron su huella entre aquellas gentes humildes,



RÓMULO GALLEGOS (C. 1940) / ARCHIVO

trabajadoras del mar y la tierra con quienes se topaban y compartían en sus paseos entre la playa de Beluso, que apenas disponía de un atraque para las rudimentarias embarcaciones, y el pueblo de Bueu a un kilómetro de distancia. Una hilera de viviendas une hoy ambas puntas –“solo queda una decena de casas de las de antes”, precisa Toxo– y Beluso está convertido en un atractivo balneario de veraneo integrado a un puerto deportivo.

A Rómulo y su esposa Teotiste Arocha, doña Teo, los acompañaron Gonzalo Barrios, Nelson Himiob, Raúl García Arocha, Juan Oropesa, Ramón Irazábal y Enrique García Maldonado –aunque no todos juntos en aquel par de veranos, ni revueltos– como documenta el ensayista mexicano Andrés Iduarte en el breve volumen *Con Rómulo Gallegos*, publicado por Monte Ávila Editores en 1969.

La Casa de las Flores

Iduarte y Gallegos se conocieron a mediados o fines de 1933 en Madrid. El autor mexicano, que ya había vivido en París y al final de esa década se convertiría en profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Columbia, visitó al escritor venezolano en su apartamento de La Casa de las Flores, ícono urbanístico entre las madrileñas calles de Hilarión Eslava y Gaztambide, con sus arcos elípticos en la parte baja y patios y balcones ajardinados en los que “por todas partes estallaban geranios”, como poetizó otro de sus ilustres moradores: Pablo Neruda, nombrado en 1934 cónsul de Chile en la capital española.

La casa de Gallegos en Madrid era el verdadero consulado venezolano. El consulado “rebelde” por donde pasaban las más variadas gentes marcadas por el exilio y las prisiones. “Pocos países, dice Iduarte, han tenido, merced al despotismo de don Juan

Vicente Gómez (el lector puede poner aquí el nombre que le apetezca), un muestrario tan vasto como el que de esta manera ofrecía Venezuela en las ciudades de América y Europa”.

Pero fue en las estancias de Bueu donde Gallegos e Iduarte estrecharon su amistad, que se prolongó hasta el final de los días del escritor venezolano en Caracas en 1969 y que incluyó un banquete homenaje en México en ocasión del 70 aniversario de Gallegos en el que este recordó que “nos acercamos la mutua intimidad, atormentada y adolorida, en la dulce Galicia pescadora y labradora de ría serena y frutosa huerta”.

En Bueu compartieron en los veranos de los años ‘34 y el ‘35 –este extendido hasta fines de año– una vida de “encanto rústico”, de baños en la playa, en los que Barrios y García Arocha destacaban en exhibiciones de natación; hacían expediciones a pie y paseos en barca de remos. Y finalizaban las jornadas con “una buena conversación nocturna con los pescadores y entre nosotros”. Entre los pescadores, Iduarte refiere el singular recuerdo de Jesús Regueira, un viejo lobo de mar que había visitado grandes puertos en Irlanda, Inglaterra, Noruega y Estados Unidos, cuyos nombres se le atropellaban en la lengua, padre de una familia numerosa y necesitada y quien llamó siempre a Gallegos como “don Rómbalo”, sin ninguna clase de enmienda, como asienta Iduarte.

El Grupo de Bueu

Y en el “entre nosotros” de las conversas nocturnas, con el rumor cercano del oleaje, destacaba la presencia de Alberto Fernández Mezquita –el segundo apelativo derivado del nombre del pueblo ourensano donde nació. Dirigente sindical y periodista, Fernández Mezquita mantuvo una muy cercana amistad con Gallegos a partir de un encuentro casual en alguna de las muy concurridas tertu-

lias madrileñas de los años ‘30 en el Ateneo capitalino o de la Granja El Henar, a las que el escritor venezolano asistía en contadas ocasiones, dado su carácter discreto, alejado de la figuración y el elogio que ya su obra merecía desde la publicación de *Doña Bárbara* en 1929.

Fernández Mezquita era un joven militante comunista del Partido de Unificación Obrera Marxista (POUM), de tendencia trotskista que tras el alzamiento militar del año 1936 en España, que puso fin a la experiencia republicana y condujo a la guerra civil, intentó huir por Portugal. Fue detenido y entregado a las autoridades franquistas. Gestiones diplomáticas de un cónsul uruguayo le salvaron la vida. La amistad con Gallegos y Barrios lo llevaron a Venezuela. Volvería al exilio en el golpe de 1948, del que ahora se cumplen 74 años, y con la democracia regresaría a Caracas, donde falleció en 1968, un año antes que Gallegos.

Hombre con carácter de líder, Fernández Mezquita habría sido quien arrastró a Gallegos hasta el arenal de Beluso en busca de sus raíces, y para huir del bullicio madrileño, según el sindicalista e historiador vigués Lois Pérez Leira, asentado en Buenos Aires. Aunque Toxo discrepa y apunta una casualidad más: que Gallegos se hubiera tropezado en esas tertulias a las que poco frecuentaba con Federico Ribas Montenegro, uno de los ilustradores publicitarios y humorista gráfico más importantes de la época, de origen catalán aunque nacido en Vigo. Y quien conocía Bueu porque tenía casa allí. Alegre y galante, amigo de bailes y *faladoiros* (conversatorios), Federico Ribas ha vivido en París y Buenos Aires, tiene una compañera francesa, Georgina, que necesita recuperar su débil salud en la placidez de Bueu.

“Es él quien lleva a los sudamericanos allí” y también a Fernández Mezquita, insiste Toxo, que ha publicado

sus pesquisas del rastro lejano de los venezolanos y sus amigos mexicanos y gallegos en las páginas de *Os galos* (Los gallos), una revista de la asociación de Amigos de las Embarcaciones Tradicionales Os Galos, que surgió en Bueu a principios de este siglo, dedicada a la difusión de la cultura marítima y fluvial.

Toxo y sus amigos de El mar por delante ubican a Gallegos en lo que denominan el Grupo de Bueu, en el que figura Ribas, el profesor y escritor Gonzalo Torrente Ballester, quien llega a Bueu desde su Ferrol natal con 20 años, porque su padre ha sido destinado allí como ayudante de marina; el periodista, poeta y político José Gómez de la Cueva, más conocido por su seudónimo de Johan Carballeira, y quien será alcalde de Bueu en 1936 tras el triunfo electoral del Frente Popular; y el fotógrafo José Suárez, que anda moviéndose por el Morrazo en busca de locaciones para un documental sobre la vida y trabajo del mar y elegirá Bueu como punto central del proyecto.

Torrente Ballester, que obtendría en su dilatada vida literaria el Premio Cervantes y el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, ambientó su trilogía *Los gozos y las sombras*, publicada a lo largo de la mitad del siglo pasado, en Pueblanueva del Conde en los años previos a la Guerra Civil, una imaginaria aldea de la costa gallega a la que regresa su protagonista, Carlos Deza, tras hacer el mismo recorrido que el autor había hecho dos décadas atrás para llegar a Bueu. Son los tiempos de la Segunda República española y proliferan las vanguardias artísticas, literarias y políticas y en ese recodo geográfico que es Bueu coincidieron estos hombres de varios mundos, que se trataron entre ellos o supieron de sus quehaceres y compartieron el anhelo común de la libertad y la democracia.

El estallido de la guerra civil en el julio del ‘36 marcaría la vida de aquellos hombres: Fernández Mezquita pasó varios años en la cárcel antes de exiliarse en Venezuela; Ribas Montenegro se escondió por un tiempo y luego pudo salir hacia Montevideo y de ahí volver a Argentina; Carballeira permaneció en Bueu confiado en que los militares sublevados serían derrotados pero fue detenido en septiembre de ese año, juzgado y condenado a muerte. Tras pasar varios meses en la cárcel de la Isla de San Simón, en la ría de Vigo, fue fusilado en la mañana del 17 de abril de 1937.

Aunque seducidos por el paisaje de las rías gallegas y la dulzura de sus gentes, como relata Iduarte, los Gallegos, don Rómulo y doña Teo, dejaron Bueu a fines de diciembre de 1935. Andrés Iduarte había partido en septiembre y antes incluso de la mayoría de los integrantes del grupo de venezolanos. “Lo vi, recuerda el escritor mexicano, en uno de sus períodos de más concentración, embebido en su labor, a veces encantado, silencioso y mohino cuando tenía que modificar sus planes”.

Es imprecisa la fecha en que Gallegos se enteró de la muerte del dictador Gómez, si fue durante sus últimos días en Galicia o a principios de enero cuando ya estaba de regreso en Madrid. Lo cierto es que pronto entró en contacto con el gobierno de Eleazar López Contreras y apuró su vuelta a Venezuela. En febrero le dan despedida en el Hogar Americano de Madrid, y tras ir a Barcelona y volver a la capital española parte desde Santander hacia La Guaira.

En poco más de una década, en 1947, Rómulo Gallegos será electo por los votos como presidente de la República. El 24 de noviembre del año siguiente sería derrocado, tras nueve meses de ejercicio del poder. ●

*La crónica, “Cuando Gallegos fue ‘don Rómbalo’”, que forma parte del volumen *Vidas exiliadas*, fue publicada originalmente en el portal Gran Aldea, el 24 de noviembre de 2022.

**Vidas exiliadas. Veintiún historias de desarraigo y luchas políticas*. Javier Conde. Barralibro Editores. Caracas, 2024.

Periodista y escritor, Juan Carlos Zapata añade un título más a su prolífica producción de libros. Esta vez se trata de una serie de entrevistas imaginarias con José Gregorio Hernández (1864-1919), médico católico y beato, cuya canonización podría ocurrir este 2025. Se reproduce a continuación el capítulo III del libro, "Misión en París"

JUAN CARLOS ZAPATA

Esta vez soy yo quien no le da tiempo al Dr. Hernández de sentarse. Le hago la pregunta. Tengo que aprovecharlo al máximo. Al saludarme, me advirtió que tenía prisa, y yo le dije "como siempre, Dr. Hernández". Ahora, sin embargo, su prisa puede pasar a mayores. Se habla de que allá abajo en el Litoral, en el puerto de La Guaira, hay una gripe que está matando gente. Nuestro corresponsal, Gumersindo Villasana, así lo ha informado. De todas maneras, el Dr. Hernández no ha dejado de cumplir con la costumbre diaria de asistir a misa todas las mañanas en la iglesia de La Pastora, y confesarse cada día, y comulgar cada día, y adorar el Santísimo en Santa Capilla. También asiste a la iglesia de Las Mercedes. En esta ocasión, el Dr. Hernández viste un paltó verde oscuro, casi negro, muy pegado al cuerpo, y pegado también el pantalón. La corbata es a rayas finas, rojas, sobre un fondo negro. Sobresale el pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta. Me tomo la libertad de comentarle que se ve muy bien, y ante el halago, creo yo que es un halago, me responde "Me lo hice yo mismo, estoy pendiente de lo que se lleva en Nueva York, a mi hermano César le recomiendo cómo debe hacerse los trajes, y me sorprendió que mi amigo Santos en Washington no llevara el año pasado el traje a la moda".

El Dr. Santos luego me apuntará en una carta que en la visita que le hiciera en Washington el año pasado, el Dr. Hernández llegó muy "peripuesto". Y a la moda. Tenían quince años sin verse, o sea, desde 1902, el año en que el Dr. Santos se sumó a la Revolución libertadora del general, doctor y banquero, Manuel Antonio Matos. Derrotado el movimiento, el Dr. Santos tuvo que irse del país, aunque como ya he dicho, más tarde mi general Juan Vicente Gómez lo perdonó y lo sumó al cuerpo diplomático de la patria. Esa amistad con Santos y los hermanos Dominici nada ni nadie la ha roto. El Dr. Pedro César Dominici me explicó que las lecturas en la biblioteca, los almuerzos y veladas de los domingos en casa de su padre, la número 9 entre las esquinas de Ibarra a Madrices, le dieron al joven bachiller Hernández la acogida en familia. Al habitar en pensiones, "su carácter reservado y serio le impedía figurar en las tertulias estudiantiles; vivía, no en solitario, porque sus libros constituían los más fieles compañeros, y la universidad y los hospitales embargaban el resto de su tiempo, pero sí aislado; la amistad con mi hermano Santos, y el ir con frecuencia a estudiar en la biblioteca de mi padre, debió llevarle rescolto de familia, y Santos halló un guía que le llevaba dos años de estudio". El Dr. Santos me señaló desde Washington que él y el Dr. Hernández el año pasado "convivimos en la Legación unos cinco días", y que al mirarlo el Dr. Hernández exclamó:

—¿Cómo no estás a la moda!

PUBLICACIÓN >> NUEVO LIBRO DE JUAN CARLOS ZAPATA

Misión en París: entrevista privada con José Gregorio Hernández



JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ / ARCHIVO

—¿Por qué? —le preguntó el amigo.

—Porque no usas pantalones arremangados como yo, ni zapatos de corte bajo, ni medias y corbata de color.

El diálogo ocurrió en medio de un almuerzo. Y al terminar la comida, el Dr. Hernández sacó "una lujosa cigarrera" y brindándole un cigarrillo expresó:

—Yo fumo, ¿tú no fumas?

El ministro plenipotenciario Dr. Santos me señaló en la carta que todo lo anterior le parecieron "rarezas tan ajenas a su carácter". Pero el Dr. Hernández que yo conozco y que me han encomendado entrevistar, no tiene nada de raro, a menos que, por el contrario, nos pongamos a enjuiciar su notable cuidado en el vestir, sus maneras suaves de hablar, su puntualidad, su entrega a la medicina y a los pobres, y su devoción religiosa, de la que, por cierto, nunca habla, según he podido constatar yo mismo, y que el Dr. Pedro César Dominici me explicó de esta manera: que no le ha oído nunca hablar de religión ni de Dios con ninguna persona. Que su fe es "silenciosa y estática como una estatua", una fe que "ignorábamos hasta que se convirtió en llama, pero no con luz de hoguera, sino plácida y pálido fulgor de auroras". Por otra parte, debo señalar que el periodista no enjuicia. El periodista está para preguntar sobre los hechos de una vida.

No me lo imagino preso, Dr. Hernández. Hubiese sido un cuadro muy extraño verlo llegar escoltado y detenido. ¿Corrió en verdad ese riesgo allá en los Andes hace veinte años?

Me lo advirtió un amigo. Me dijo que en el gobierno de allá querían detenerme y enviarme preso a Caracas.

El señalamiento o el delito fue que usted era godo, conservador, azul. Digo azul porque los liberales enarbolaban la bandera ama-

rilla, era el liberalismo amarillo, y los conservadores la bandera azul.

Por godo, sí.

Gobernaban los liberales, entonces. Bueno, llevaban muchos años en el poder.

Gobernaban en los Andes y en toda Venezuela.

Se les llamaba godos o godas porque no querían a Antonio Guzmán Blanco, el jefe máximo del liberalismo amarillo. Y el general Guzmán Blanco había amenazado con desaparecer a los godos hasta como clase social. Desde José Antonio Páez, los godos gobernaron casi cuarenta años, hasta que perdieron la guerra Federal en 1863, cuando se inició el periodo de los liberales amarillos, otros cuarenta años en el poder, que terminaron con Cipriano Castro y mi general Juan Vicente Gómez.

Yo no tenía nada que ver con revoluciones azules ni amarillas.

De hecho, quien gobernaba en 1888 y 1889, cuando usted viaja a

“

En esta ocasión, el Dr. Hernández viste un paltó verde oscuro, casi negro, muy pegado al cuerpo, y pegado también el pantalón”

los Andes, era el presidente Juan Pablo Rojas Paúl, un liberal.

El mismo que me becó para ir a especializarme a París.

¿Será que allá pensaban que debido a que su padre estaba emparentado con el general León Febres Cordero, caudillo conservador de la guerra Federal, usted también era conservador?

Ahora el Dr. Hernández se piensa la respuesta. Nos hemos citado en La Pastora, el barrio donde vive. En un modesto local. La mujer que atiende es una de sus pacientes. Me dijo que no me había llevado a su casa porque con toda seguridad hay pacientes esperándolo y no quiere que malinterpreten que mientras aguardan en la habitación que sirve de consultorio, él habla conmigo de lo más cómodo en otro cuarto. El Dr. Hernández ha establecido una consulta diaria en horas del mediodía para gente sin recursos. Lleva años en esto. Y el tiempo de los pobres es sagrado.

Pero las amistades de papá eran muchas. Mire, yo vine a estudiar a Caracas y no a Maracaibo y Mérida porque papá conocía al Dr. Guillermo Tell Villegas y sabía de su fama. Había sido gobernador de Barinas y de Trujillo, y había sido presidente interino en dos oportunidades, después lo fue una vez más, por última vez, en 1892.

El diputado Tell Villegas era liberal. Y liberales los generales y diputados Jesús Romero y Francisco Vásquez, que fueron a quienes mi padre me confió a los doce años para que me trajeran a Caracas. El general Romero también había formado parte de una junta de gobierno en Trujillo en la que figuraba el Dr. Guillermo Tell Villegas. Creo que le dije en la anterior entrevista que el Dr. Aníbal Dominici había sido ministro del gobierno liberal de Guzmán Blanco, ministro de Instrucción Pública en el gobierno que celebró en 1883 el centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar. El Dr. Aníbal Dominici fue, hasta la muerte, un amigo leal del general Guzmán Blanco. Yo llegué a Caracas recomendado también a don Ramón Azpúrua, y me hice amigo suyo y de sus hijas, y comencé a frecuentar su casa, su bella casa.

¿Y quién era don Ramón Azpúrua?

Ministro de Obras Públicas de Guzmán Blanco, compañero de gabinete del Dr. Dominici, y se veían frecuentemente en la casa del Dr. Dominici, y se les veía pasear juntos, hablando. Eran grandes amigos. Dos intelectuales.

Eran tiempos muy movidos. Muchas revueltas y muchas revoluciones juntas, Dr. Hernández. La paz era un bien escaso hasta que llegó mi general Juan Vicente Gómez. Alguien dijo en aquellos años de Guzmán, y de los presidentes Julián Castro, Joaquín Crespo, Francisco Linares Alcántara, Rojas Paúl, Raimundo Andueza Palacio, etc., que la política en Venezuela era como un gallinero. Y recordará que las traiciones y las luchas intestinas desangraban a los liberales. Y a veces coincidían conservadores con liberales descontentos para echar del gobierno al liberal que estaba gobernando. Recordará que en 1878, llevaba usted un par de años en Caracas, muere el presidente Francisco Linares Alcántara, y todavía se especula si fue envenenado. Ahora que lo dice, usted ya había regresado de París, creo que tenía un año aquí, cuando en 1892 al Dr. Guillermo Tell Villegas lo designan presidente interino porque había caído Raimundo Andueza Palacio, y al poco tiem-

po su exprofesor tiene que irse al destierro.

¿Y quién se queda en el cargo?

Su sobrino, Guillermo Tell Villegas Pulido. Tampoco dura en el puesto, porque luego asume el general Joaquín Crespo. El Dr. Guillermo Tell Villegas, después regresa y se retira de toda actividad política y muere en 1907.

Conoce la historia, joven.

Dr. Hernández, perdone mi digresión. Aquí el personaje es usted. Volvamos al punto. Así que deja los Andes y vuelve a Caracas con esa presión encima.

Y el Dr. Dominici me dice apenas me ve "aquí estamos para recibir al godo de los Andes". Tenía buen humor, el Dr. Dominici.

¿Y usted ya tenía un plan alternativo?

Le había escrito al Dr. Aníbal Dominici y le había escrito al Dr. Calixto González, mi exprofesor de Fisiología e Higiene en la UCV, enterándolos de la situación, de las amenazas en los Andes, para ver qué me aconsejaban. Y tenía el plan de irme a Oriente. Se lo había comentado a Santos por correspondencia.

El Dr. Santos Dominici me confirmó toda esta historia de las amenazas. Se supone que los dos médicos que trabajaban en Boconó y eran los jefes del partido dominante hubieran sido los responsables de la situación. Me señaló que el Dr. Hernández para burlar la posibilidad de que ojos extraños leyera la carta, escribió en alemán ese fragmento sobre las amenazas. También me escribió el Dr. Santos Dominici que el Dr. Hernández había hecho un recorrido por las costas de Oriente, lo que le sirvió para darse cuenta de que solo en Caracas era donde tenía futuro como médico. Y añadió el Dr. Santos Dominici que el Dr. Calixto González, quien no dejaba de pensar en "su discípulo predilecto", le abrió de súbito las avenidas de la fortuna profesional y científica, consiguiendo que el gobierno del doctor Rojas Paúl lo enviase a estudiar en Francia y Alemania las materias de Histología Normal y Patología, Fisiología Experimental y Bacteriología, cuya enseñanza debía él fundar dos años más tarde, en 1891. El Dr. Santos Dominici y el Dr. Hernández se encontraron en 1890 en París, a donde el primero también había ido a perfeccionar sus estudios de medicina. El Dr. Pedro César Dominici, me aseguró por correspondencia que fue el Dr. Hernández "quien aconsejó al gobierno que enviase a mi hermano a estudiar en el Instituto Pasteur".

Dr. Hernández, fue buena esa iniciativa de escoger a un profesional y enviarlo a especializarse a Europa. Pudo haber servido como ejemplo para un plan de becas, pero ya ve como no ha sido así, los sucesivos gobiernos se olvidaron del punto. A mí me ilusiona mucho un plan de becas que se llame "Libertador Simón Bolívar" o "Mariscal Sucre".

El presidente Andueza Palacio me mantuvo en París después de que el presidente Rojas Paúl enfermara y dejara el cargo. Ahí hubo continuidad. Y no he sido el único becado. Conocí en París, y me hice muy amigo suyo, al joven Redescal Uzcátegui, que también estaba becado. Estudiaba Piano en el Conservatorio. Y mi amigo Santos también fue otro becario. Hubo unos cuantos más. Y Santos cuando regresó, fue fundamental en la fundación del Instituto Pasteur de Caracas.

Entonces usted regresa de los Andes y Oriente y encuentra la carta.

(Continúa en la página 5)

PUBLICACIÓN >> NUEVO LIBRO DE JUAN CARLOS ZAPATA

Prólogo a *Entrevistas privadas con el Dr. José Gregorio Hernández*

"Juan Carlos Zapata se zambulle en la numerosa y variada literatura que se ha escrito sobre él, y lo lleva a viajar con sus familiares y con la pléyade de hombres con los que convivió y compartió trabajo, afanes, preocupación por el prójimo, y con quienes mantuvo también fraternas disputas por puntos de vista distantes y hasta opuestos"

CARDENAL BALTAZAR PORRAS CARDOZO

El género literario de atreverse a imitar a los grandes autores, poniendo la imaginación a volar en conversaciones imaginarias, es ocasión para comprobar el efecto multiplicador del pensamiento de los genios y resaltar las virtudes que incidan en los tiempos actuales sobre los lectores.

A comienzos del siglo XX, en 1905, don Tulio Febres Cordero, el patriarca de las letras merideñas publicó *Don Quijote en América*, cuarto viaje del incansable Caballero de la Mancha y su incondicional compañero, el hombre de los pies en el suelo, Sancho Panza, quien, con sus acertados comentarios a su mentor, le dieron a la obra de Cervantes la pátina de ser una de las obras literarias cimera de la lengua castellana. Los comentarios que ilustres escritores engalanan la tercera edición de la obra de don Tulio, en 1930, dan fe del valor



BUSTO DE JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ / ARCHIVO EL NACIONAL

que le conceden al atrevimiento de traer en el tiempo y en el espacio al hombre de la meseta castellana a tierras americanas.

La obra del cardenal José Humberto Quintero merece un trato más excelso que aplaudir la pulcritud del lenguaje; hay que adentrarse en el fino pensamiento del mucuchicero primer purpurado venezolano que, con su sentido de la verdad y la justicia, nos ha dejado retratos importantes de algunos aspectos de la vida eclesial y civil de la Venezuela de la primera mitad del siglo que nos

precede. Me atreví, en su momento, a llevarle un escrito de mi autoría que titulé "Conversaciones imaginarias con el cardenal Quintero", y que fue de su agrado. No me atreví en aquel entonces sino a tomar al pie de la letra trozos de sus escritos con muy pequeñas glosas.

Los costumbristas y novelistas venezolanos del siglo XIX y del siglo XX nos han dejado un retrato de la Venezuela de su época, pues tanto los escritos cortos como las novelas, constituyen un documento fidedigno de cómo era visto, bajo el prisma in-



quisidor de los hombres que piensan y les duele, el país. No son unas "entrevistas" como tal pero hay un intercambio entre la realidad y la visión que atisba el ojo del buen centinela.

Entrevistas privadas con el Dr. José Gregorio Hernández, es el viaje de la imaginación y del corazón que fue creciendo "en la medida en que lo iba encontrando y conversaba con él. Personaje que de pronto descubrí inmenso y múltiple". Esta visión del autor se asemeja al grito de "José Gregorio es nuestro", de la población caraqueña en el momento de su muerte. Muchos, tal vez, no lo conocieron de vista y trato. Otros, fueron sus discípulos o pacientes. Los más se fueron identificando con la viva leyenda de un hombre singular que atraía más que por la palabra por el ejemplo de su vida. Juan Carlos Zapata se zambulle en la numerosa y variada literatura que se ha escrito sobre él, y lo lleva a viajar con sus familiares y con la pléyade de hombres con los que convivió y compartió trabajo, afanes, preocupación por el prójimo, y con quienes mantuvo también fraternas disputas por puntos de vista distantes y hasta opuestos en los campos de la filosofía, de la religión, de la filantropía, y de la extraña personalidad muy venezolana y a la vez lejana de las formas ordinarias de actuar de los compatriotas. La puntualidad, la perseverancia en su vocación cristiana, en la atención a ricos y pobres por igual, son algunas de las

facetas poliédricas del hijo de Isnotú.

Para no dejar resquicio de que lo escrito fueron fantasías de la imaginación, es abundante, como si se tratara de una tesis de grado, la bibliografía que ofrece al final de cada entrevista el autor. "Cara a cara con el sabio"; "Campaña admirable en los Andes"; "Misión en París"; "Un carácter completo"; "Se lo tragó la tierra"; "Viaje a un mundo nuevo"; "El hombre que llama a la muerte"; "El impacto de una noticia"; "La soledad, el silencio y la renuncia"; "Un pedazo de cielo en la tierra"; y "El último delirio", son los once cuadros con los que se topa el autor tratando de desentrañar el mensaje de este hombre singular que lo hace exclamar: "el Dr. Hernández ya se ha ido, quién sabe a dónde irá, qué tan lejos irá, él con su paso rápido ya estará en el otro extremo de la ciudad, o arrodillado en una iglesia pidiéndole a Dios que se lo lleve de una buena vez (...). Y ahora, mientras escribo en casa, es cuando entiendo, ahora es que caigo en cuenta, y lo comprendo, y me digo que todo es tan sencillo, Dr. Hernández: usted busca la muerte, desea la muerte, ruega a Dios en sus oraciones que le apure la muerte, porque quiere, le urge, encontrarse con Él".

Estas entrevistas privadas se unen a las muchas obras que se han escrito a lo largo de un siglo por diversos autores y en distintas circunstancias. Todas ellas ponen de manifiesto que estamos ante un hombre universal, inabarcable, imposible de encasillarlo en moldes estrechos. Por eso pedimos a Dios que su estela brille en el universo entero para bien de todos.

La enseñanza del Eclesiástico nos acompañe para buscar la auténtica sabiduría: "Me dediqué a investigar y explorar con sabiduría todo lo que se hace bajo los cielos. ¡Qué ardua es la tarea que Dios impuso al ser humano para que en ella se ocupe! (...) He considerado la tarea que Dios da al ser humano para que se ocupe en ella. Dios todo lo ha hecho bueno, a su debido tiempo; también ha puesto el sentido de lo eterno en su corazón, pero el ser humano no alcanza a descubrir de principio a fin la obra que Dios ha realizado" (Ecles. 1,13 y 3,10-11). Es lo que modestamente nos ofrece este libro y es a la vez una invitación a seguir indagando en el pozo de la sabiduría que Dios da a quienes se acercan tanto a Él que tocan la inmensidad de la santidad.

Mi más sincera felicitación al autor y a los mecenas que hacen posible que llegue a muchas manos, a nuestro pueblo necesitado de noticias de amor y de unión, llegadas a nosotros a través de José Gregorio Hernández. ☉

Misión en París: entrevista privada con José Gregorio Hernández

(Viene de la página 4)

La carta del Dr. Calixto González. Pensó en mí, y siempre le estaré agradecido. Me recomendó, decía la carta, ante el presidente Rojas Paúl para que fuera yo el escogido para ir a especializarme a París. Mire, el Dr. Calixto González era el jefe de la comisión que le iba a dar forma a lo que hoy se llama el Hospital Dr. José María Vargas, nuestro gran presidente y pionero de la medicina; Vargas, médico y estadista. Se había pensado en que debía ser un hospital con buenas instalaciones y por lo tanto con buenos equipos médicos y un buen laboratorio. De modo que me escogieron a mí. Qué puedo agregar.

Que se lo merecía, Dr. Hernández. Ya su prestigio lo acompañaba desde que era estudiante. El gobierno lo escogió por "su buena conducta" y por sus "aptitudes reconocidas". Lo que pasa es que su modestia es más grande que una catedral. No es usted un hombre vanidoso.

Fijese, y yo tenía mis dudas sobre el hospital y la comisión. Recuerdo que le escribí a Santos desde Isnotú que la idea del hospital me entusiasmó cuando tuve noticia de semejan-

te portento, mas luego, viendo quiénes eran los integrantes de la junta directiva, tuve mis dudas. No obstante, prefería equivocarme y ver muy pronto adelantada la obra; ese gran adelanto que tanto iba a honrar a la administración de Rojas Paúl. Pero mi entusiasmo sería poco si junto con crear el hospital, le decía a Santos, lo organizaban bien creando clínicas y nombrando para desempeñarlas a hombres competentes y serios. Lamenté que el hospital, que ese adelanto no hubiera sido una realidad concreta en nuestro tiempo de estudiantes en la UCV.

Pero resulta que sí se construyó el hospital, con todas las condiciones de un hospital moderno, con mil camas, y según se dijo, al estilo del hospital Lariboisière de París, y terminó siendo usted el elegido para montar el laboratorio.

Me encomendaron la tarea el primero de agosto de 1890, a los siete meses de mi llegada a París, que fue en noviembre de 1889. En diciembre de 1890 ya tenía terminado el plan del laboratorio. Mientras yo estaba allá, aquí en enero de 1891 inauguraban el hospital y en abril de 1891 me remitieron el dinero, casi trece mil bolívares, para comprar los equipos. Sabía

lo que debíamos comprar. Mi estancia en la Escuela de Medicina de París, en las clases con el Dr. Mathias Duval, mis prácticas en el laboratorio del Dr. Charles Richet y en el laboratorio del Dr. Isidore Strauss, fueron fundamentales. Yo le decía al ministro Eduardo Blanco en ese diciembre de 1890 que para mayo estaría terminada la misión. Y le envié la lista de los aparatos e instrumentos para la creación del Laboratorio de Fisiología Experimental de la Universidad Central de Venezuela en el hospital. Le decía que íbamos a contar con un instituto que estaría al nivel de los más adelantados del mundo científico, puesto que era una copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París.

Una obra de la que el presidente Andueza Palacio podía sentirse orgulloso.

En efecto, eso también se lo decía, que la obra constituiría una de las mayores glorias que podía enseñar el presidente Raimundo Andueza Palacio a los ciudadanos del presente y el futuro.

Regresa, Dr. Hernández, y se encarga de la cátedra de Histología Normal y Patológica, y al mismo tiempo dirige el laboratorio. O sea, que lleva algo así como 27 años siendo profesor, a pesar de los cierres de la universidad, y a pesar de que no siempre ha funcionado en las instalaciones de la propia uni-

versidad, y se mantiene activa por iniciativa de médicos como el Dr. Razetti, y de médicos que ejercen la enseñanza como un apostolado.

Y no me quejo. Han sido buenos años en la práctica de la medicina, y buenos años en la enseñanza. El hospital y el laboratorio se convirtieron en grandes aulas prácticas, lo que nos faltó a nosotros en nuestro tiempo de estudiantes. Trabajamos la técnica microscópica, propia de la histología y de la bacteriología, practicamos el cultivo de los microbios y la disociación de los tejidos. Todo esto lo ejercitamos cada día y en grupos de cinco alumnos, además de la lección oral. En calidad de profesor de Fisiología Experimental, comenzando a funcionar el laboratorio, le escribí al ministro que habíamos descubierto en la práctica de la cátedra –y por esto es que son necesarias las prácticas– que el número de glóbulos rojos era inferior al de los habitantes de los países europeos. Pero no bastaba con decirlo, teníamos que demostrarlo. Y para demostrarlo le solicité al ministro que nos enviara al laboratorio a jóvenes soldados, tres o cuatro cada día, para experimentar con ellos. Le aseguraba que era una práctica inocente. Consistía en extraer una gota de sangre por medio de una picadura de aguja en el dedo.

¿Todos esos detalles, Dr. Hernández? ¿Hasta la picadura se lo explicaba?

Cada detalle. Tenía que convencer al ministro para que a su vez hubiera garantías de que se iba a proceder con el trabajo. Oiga, yo le argumentaba que la comprobación de este hecho sería de gran utilidad científica, y tal vez en él se hallara la clave de las diferencias que hay entre la patología y la terapéutica europea, ya teóricas, ya aplicadas, y su teoría y aplicación entre nosotros. Después, hacia 1910, el gobierno del presidente Juan Vicente Gómez le hizo una nueva dotación al laboratorio. Nos manteníamos en nuestros objetivos, la combinación de la enseñanza oral y práctica. De manera tal que los estudiantes pueden adquirir conocimientos en Histología, Bacteriología y Fisiología Experimental, y al mismo tiempo salir prácticos en la técnica propia de cada una de esas materias.

Al llegar aquí, a este punto, el Dr. Hernández me dijo. "Está bueno por hoy, joven". Se levantó. Me dio la mano, y antes de salir me preguntó, con una sonrisa por demás bondadosa:

—¿Vamos bien?
Yo no supe qué contestar. También sonreí.

*Entrevistas privadas con el Dr. José Gregorio Hernández. Juan Carlos Zapata. Edición: Harrys Salswath. Ilustraciones: Roland Ramírez y Claudia Vitales. Biblioteca Juan Carlos Zapata, España, 2024.

Enrique Romero (1947-2024) fue poeta, narrador, museógrafo, crítico de arte y dramaturgo. Coordinó la sección de Arte y Cultura del *Diario Panorama* (1976 y 1977). En 1992 recibió el Premio Regional de Literatura Jesús Enrique Lossada. *Mujeres en Maracaibo* (1990) es un libro único: reúne seis monólogos, que se comentan a continuación

MILTON QUERO ARÉVALO

Hay obras que suelen caer en silencios abrumadores e inesperados, a pesar de que las mismas encierran en su espíritu, algunas revelaciones insospechadas de ciertas psiquis individuales, de ciertas maneras de ser y estar, que contrasta con el ejercicio colectivo que por tradición suelen tener los ciudadanos de una ciudad determinada, característica y única, como lo es la ciudad de Maracaibo. El problema se avizora y contempla en un pequeño libro construido en clave teatral, de apenas 56 páginas y que contiene seis monólogos que la casa editora Monte Ávila Editores, tuvo a bien publicar en el año 1990. Su autor, Enrique Romero, recientemente fallecido el 16 de diciembre del pasado año.

Sugiere Ángel Rama en *La ciudad letrada* “La calle se ‘lee’ o se des-cifra con la experiencia personal” (Rama, 1985, p.15). Es el contacto con la calle lo que le dará al ciudadano un sentido de pertenencia para con la ciudad en que habita. Este vínculo esencial pareciera estar roto en los personajes que dan forma al libro *Mujeres en Maracaibo*. Este conjunto de textos que Enrique Romero nos ofrece, nos presenta “otra Maracaibo”, muy alejada de aquella conocida por todos, donde el sentido de la hipérbole valoriza las estructuras cotidianas. Ese maracuchito distintivo, chistoso, dicharachero, bromista y encantador, desaparece por completo de estos textos de Romero. Lejos de la tradición escrituraria que impactó a Pocaterra cuando recaló en Maracaibo como intendente de tierras baldías en 1915 y que le sirvió para construir su versión de los hechos en su celeberrima novela *Tierra del sol amada*. Romero se aparta de esta tradición y nos ofrece otra cara del gentilicio y otra cara de la problemática del hecho de estar; “en” Maracaibo.

Estas mujeres de Romero son terriblemente afectadas, tanto en lo físico –uso de guantes y sombreros– como en el habla, uso constante de vocablos foráneos. En su proceder suelen presentarse como educadas y remilgadas –acaso lo sean. A menudo encierran en sus modos un drama personal que está directamente asociado a la ciudad en que habitan. La soledad se hace presente en sus vidas, diríamos que es la esencia de la cual están dotadas. Se aprecia también cierta desconexión con el entorno. La reclusión pareciera por momentos su lícita defensa ante una ciudad que ellas perciben vulgar y soez. Por momentos, parecieran figuras salidas de un cuadro de Emerio Darío Lunar, damas niveas y delicadas, circunscritas a un paisaje irreal e inverosímil, ese que han creado en sus propios reductos amurallados y que cobra sentido para ellas, por su habla y por sus modos de relacionarse con su entorno. Se opera una especie de triunfo de la ferocidad, que afecta de manera ostensible la sensibilidad de estas mujeres, de allí su reclusión. La deducción es muy sencilla: ellas son educadas y refinadas. Manejan un mundo cultural amplio y letrado; sin embargo, viven reclusas en un autoencierro monástico. ¿Qué es lo que hay afuera que ellas rechazan? ¿Por qué entonces, se niegan a participar de la vida que les ofrece la ciudad real? Se enclaustran en sus casas y viven a través de una ciudad virtual, que opera en sus memorias y recuerdos ¿Por qué esta constante evasión? ¿Acaso el triunfo del desorden en sus espacios ciudadanos? Ángel Rama nos dice lo siguiente: “La ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscripta en un ciclo de la cultura universal, en que la ciudad pasa a ser el sueño de un orden” (Rama, 1985, p. 9). Este sueño por el orden pareciera estar roto para estas mujeres, ya que no asumen la ciudad que las habita. No está la ciudad inserta en la realidad cultural de ellas, de allí la afectación.

El primer texto que ofrece el libro, se llama *Monólogo de dama en traje largo*. Hay que aco-

MEMORIA >> ENRIQUE ROMERO (1947-2024)

Mujeres en Maracaibo



ENRIQUE ROMERO / © JOSÉ NAVA

tar que son textos muy breves, en la jerga teatral serían un buen ejemplo de lo que se ha dado en llamar teatro breve (obras que en su representación escénica, llevarían unos 15 o 20 minutos de duración) pues bien, Adalza Barrios, una poetisa frustrada, dueña de una poesía intrascendente, que comenzó a germinar cuando era muy niña en el periódico mural del colegio y que escribe con pluma de ganso, ha sido invitada a recitar sus versos anquilosados y vaporosos ante un “nutrido auditorio”. Cuando era muy pequeña recitaba en una radio local “Una hora de ensueño y fantasía con la poética ternura de Adalza, precoz numen que aroma nuestros lares a través de las ondas herzianas”. El personaje maneja un registro de habla alto y refinado, aunque cursi y demodé, el cual no se compagina con el habla local, es un habla del siglo pasado, que enunciada en el momento actual, reviste a su protagonista de una cursilería y afectación, que produce sorna y disimulo. Vive reclusa, ya que ella se comunica con una ciudad que no existe y con personajes que pertenecen al pasado. Todo este rebuscamiento en el lenguaje, no hace más que revelarnos, a unos seres desadaptados con su entorno, que viven realidades artificiales e inexistentes. En todas ellas hay una sexualidad clausurada, no ejercida, tal vez deseada, pero imposible. Viven una contradicción, que consiste en habitar espacios urbanos, pero mantienen comportamientos señoriales; no caminan por sus calles y avenidas, rasgo definitorio de la modernidad. ¿Por qué estas mujeres reprimen con mantuana soberbia su sexualidad, y no son capaces de mezclarse con el otro? ¿Por qué estas mujeres defienden la razón de Occidente? Estas mujeres se saben y entienden diferentes, por ello el deseo de ser “islas”. Dice Javier Lasarte “Entre la nostalgia y la polémica, este nuevo sujeto comenzará a percibirse a sí mismo como distinto, como otro, fundará la conciencia del margen y su retórica; el arte y la forja de sus estilos serán sus nuevos instrumentos y el espacio de esa conciencia” (Lasarte, 1990, p.134). Esto es precisamente lo que les ocurre a las mujeres de Romero; fundan una conciencia al margen, cuando se refugian en impenetrables fortalezas y asumen la retórica del arte para expresarse, solo que en el caso particular de ellas, todas son unas artistas frustradas. ¿A qué auditorio se dirigen? ¿A qué público les hablan? “indigna sierva, pulquérrima amistad, humilde fémica, liróforo Abrego J Montero, pensil zuliano, matrimonio de aedas” en fin, un rebuscamiento en el lenguaje que crea la ironía y el sarcasmo. Es un habla que en su exposición intenta reconstruir una ciudad que ya no existe.

Otro tanto sucede con el monólogo “El Insomnio de Eva”. Acá vemos cómo el personaje nos habla de la Catedral de Hamburgo, de aquella actuación en Basilea, de Suiza, de sus añoradas comarcas de la Europa centro-oriental, en fin de una serie de países y ciudades europeas, que antepone a su Maracaibo natal, lo cual reviste al personaje de un trasunto doloroso y triste; y como corolario a esto, se ve totalmente realizada cuando se casa, es decir, cuando deja de ser maracucha y pasa a ser un apéndice de su marido, cuando se alegra de dejar de llamarse

Evalina Mestre Pacheco para ser a través de un maridaje deseado Eva Moldauer. Por otro lado, la misma Eva se enorgullece de ello: “Aseguran que no tengo habla coloquial ¿Será una limitación?” Se reconoce diferente, ya que su habla no es la que se maneja en la ciudad real, por lo tanto, se sabe distinta y especial. Decide convivir con el mundo cultural foráneo que le ofrece su marido Gerhart Moldauer. Eva es una aculturada en el más estricto sentido de la palabra, sentido este expresado por Fernando Ortiz: “La que deja una cultura por otra” (Ortiz, 1987, p. 85). ¿Por qué no asumir y vivir los valores de su cultura? Deja sus valores para adquirir los que le ofrece el matrimonio con un alemán.

Todas las mujeres descritas por Romero, se mantienen al margen, reclusas en espacios amurallados sin practicar el don de la modernidad, como es el caminar por las calles y avenidas de la ciudad en que habitan (Maracaibo) eso sí, conservan el recuerdo de una ciudad que ya no existe y que ellas se empeñan en retener en su memoria.

El monólogo “El aperitivo”, es la coartada perfecta para que la señora de Contino, casada con un italiano, –nuevamente hace presencia el núcleo extranjerizante, que le da sentido a estas mujeres. Pues bien, esta matrona que vive en una casa amurallada, la fortaleza Contino, espera en su ensueño palaciego a sus cuatro hijos para cenar. Mientras estos llegan, decide tomarse un aperitivo y pasar revista a su vida, a sus hijos y a su fallecido marido Fabio Contino. Hay que acotar que a pesar de tener cuatro hijos, vive una soledad espantosa, que atenúa evocando los recuerdos del pasado, para que estos fantasmas pretéritos, la consuelen y acompañen. “Quisiera haber escrito muchos poemas. Ahora esos libros me harían compañía, me la procurarían...”. Otro tanto sucede con la soledad que manifiesta la protagonista del “Insomnio de Eva”: “;Klaus, ahora serías el consuelo de la insomne Eva! La actriz frustrada te haría funciones privadas” y qué no decir del monólogo “Entre búcaros y lienzos”: “El pinta y pinta sin destino”. El arte en estas mujeres no es un hecho asumido, es un adorno de la cultura, un pequeño aderezo a sus espigadas figuras, que les permite acceder y codearse con un mundo cultural que desean, del cual no forman parte y que las aísla del mundo real, el de la calle. Por ello no ven televisión y escuchan solo música barroca. El “otro” sin embargo está allí al asecho, como conciencia colectiva, agente de una ciudad sin ambages, ni posturas, que inquieta la sensibilidad de estas mujeres.

Ahora bien, ¿los monólogos de Enrique Romero son monólogos narrativos o monólogos dramáticos? Esta distinción la hace Rubén Monasterios, al referirse al teatro de Ida Gramcko: “Las obras de Gramcko, en la generalidad de los casos escrita en verso, a la manera de los simbolistas, casi son una serie de monólogos alternos; el espectador debe recrearse, sumergirse en un lenguaje, en una barroca y delirante semántica, más que enfrentarse a una acción dramática; en el teatro de Ida Gramcko, los actores narran desde el escenario, no es el escenario el que narra” (Monasterios, 1990, p.64). Creemos que al igual que Gramcko, Romero apela al texto por enci-

ma de la acción dramática. Estos textos desafían la imaginación de cualquier director, pues la acción o prosecución dramática, no viene contenida en el texto dramático. El director teatral deberá crearla sin modificar y traicionar el texto. Tenemos el dato de que el director teatral Anibal Grun, montó en un solo espectáculo tres monólogos de Romero (ya habíamos acotado al principio de este artículo la brevedad de los mismos), pues bien, en el año 1995 llevó a la escena marabina a este peculiar autor. Desde entonces, el hombre de teatro zuliano no se ha atrevido a montar estos textos intimistas e introspectivos, antes bien, el teatro regional prefiere sin duda una relación externa y procaz, aderezada por el chiste fácil y grueso. Algo nos quiso decir Romero de manera inversa, de manera velada con estos monólogos, algo de sociología local, algo de ademanes y gestos propios, algo de la semántica de estas gentes, gentes que viven de públicas procesiones, de infatuada bulla y del chiste grueso que lacera el gentilicio.

El cuarto monólogo de este pequeño libro, se titula “La señorita Estaciones”. Ella se ha quedado sola, después de que unos familiares celebraran su 42 cumpleaños. Este momento de soledad le sirve para tirarse a la butaca y reflexionar sobre su vida. Vemos una mujer que arde por dentro, que ansía de alguna manera ser comprendida y tener compañía. Necesita que entiendan sus gustos por las palabras hermosas, los guantes y los sombreros, pero como no la entienden, se refugia en su mundo particular y al igual que Blanche Du Bois, tiene vaporosas fantasías, como para enfurecer a un áspero y ficticio cuñado “A veces despierto a medianoche, tomo una larga ducha (...) a esa hora, cuando este edificio es la fortaleza más silenciosa de Maracaibo. Paso a probarme los más delicados sombreros. Escojo casi siempre, los que tengan hojas de satén que parezcan caer del ala” (Romero, 1990, p. 42). Vive una cultura que no es la suya, que le llega por los libros que lee, cierto bovarismo se observa en ella, esa tendencia a no saber diferenciar la realidad de la fantasía y los sueños con la realidad específica. Desea una vida de fantasía que no le ofrece su ciudad natal. Ese deseo manifiesto de despertar deseos en el “otro” se hace presente a altas horas de la noche. Su sexualidad no satisfecha, ansia el encuentro con el otro, ese otro que rechaza por ser un agente de la variedad local, de una cultura que aborrece, pero que necesita para poder satisfacer sus instintos sexuales. Es por ello, que al final del monólogo después de tanta impostura y refinamiento dice: “Los rosados vinos envejecen conmigo, me acompañan en la espera nocturna... ¿Ni siquiera Alfonso, cuidador de llaves y jardines, se animará a tocar mi campanilla?” (Romero, 1990, p. 43).

Es sumamente curioso cómo estas mujeres “en” Maracaibo, pergeñadas con una variedad dialectal tan especial, como lo es la realización fonética del español hablado en Maracaibo, quieren dejar de ser lo que son y desean ser un asunto europeo, una añoranza de las estaciones, o unos vocablos extranjeros. ¿Por qué este deseo de no ser el lugar de enunciación donde se nace?

(Continúa en la página 7)

Mujeres en Maracaibo

(Viene de la página 6)

La forma de evasión más expedita es el lenguaje, por eso dicen: (*mein lieber Gerhart, orgelmeister, nicht war, warum, my dear, holy mother, college, lady, fouette*). En fin, el habla crea e impone la distancia, asegura un dominio cultural postizo, al cual creen pertenecer. La señora Contino ve realizado estos deseos, solo cuando se convierte en el apéndice de Fabio, es decir, el maridaje con lo extranjero. En su libro *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Fernando Ortiz expresa lo siguiente: “Entendemos que el vocablo transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana ‘aculturación’, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente” (Ortiz, 1986, p.90).

La problemática que plantea Romero en sus piezas teatrales, pareciera resumirse en el quiasmo o ruptura de una cultura y la implantación de otra, en unos seres que desean la razón de Occidente. Muchas de sus heroínas se debaten entre la añoranza de un pasado ya clausurado y una asombrosa dependencia farmacológica, por sus páginas desfilan: (diazepam, valium, tranxen, mogadón). Por otra parte, el sujeto no se realiza, sino que es empujado hacia disciplinas y profesiones que no son de su agrado, labores que constituyen una no-realización del “ser”. Es por ello que el personaje de la pieza “Entre búcaros y lienzos” declara: “En lo sucesivo, óyelo bien, los homenajes a los estrenos de Lilia saldrán de la floristería de su hermano. ¡Qué Hipócrates del carajo, mamá!” (Romero, 1990, p.50).

Nos dice Leopoldo Zea, en su libro *La filosofía americana como filosofía sin más*: “En lo cultural, como en la filosofía, la imitación debe-

ría desaparecer. En todo caso, como pedía el mexicano Antonio Caso, si no se puede dejar de imitar, al menos inventar un poco, asimilar. Asimilar es hacer propio lo que parecía extraño” (Zea, 1981, p.11). Esta es la tragedia de las mujeres de Romero, que son una mala copia de lo europeo y desde luego no se sienten cómodas siendo latinoamericanas. No están conformes con lo que son y quieren escapar de esta “equivocación histórica”, asumiendo los principios culturales de Occidente. Hay una gran recurrencia al pasado, para que este sirva de escalón al futuro ascendente: “Iré iluminando el comedor. Así la espera será más corta. ¡Velas para cenar en Maracaibo! Antes de 1888 esa fue la iluminación en Maracaibo” (Romero, 1990, p.24). Opera entonces lo que Zea ha llamado “la trágica disyuntiva”; la elección entre un pasado remoto y un futuro deseable, entre el mundo del cual ellas son representantes, pero que ya no lo sienten suyo y uno del cual se creen merecedoras, pero que es inalcanzable, ya que ellas viven “en” Maracaibo. Por lo tanto, y como solución final a sus conflictos se encierran, se atrincheran y se esconden escindidas entre la memoria y la añoranza.

Hay un orden impuesto contra el cual estas mujeres se rebelan. Las *ladies* de Romero son sobrevivientes de esa Maracaibo conservadora, de esas clases sociales que viven en grandes hatos que ya no existen, de esas casas inmensas y amuralladas, familias conservadoras de “la tierra del sol amada”. No forman parte del orden toponímico de la ciudad que habitan; no les gusta, por eso no salen. No participan de la vida social y cuando salen, lo hacen de noche, cuando nadie puede verlas. “Cuando la señora Contino, decide recorrer algún sector de Maracaibo, lo hace a muy altas horas de la noche, dentro del vehículo de alguno de sus cuatro hijos” (Romero, 1990, p.23). ¿Cuál es el reverso modernizador de las ciudades, que causa tanto escozor en

estas mujeres? Romero, como buen surtidor de preguntas en su hecho literario no lo aclara y al igual que Faustino Sarmiento, parece dudar de las premisas civilizadoras. ¿Qué ofrece la ciudad de Maracaibo que estas mujeres rechazan? Difícil saberlo... acaso por deducción creemos que pudiera ser el lenguaje o también el mundo cultural que se desarrolla afuera de sus fortalezas. En cuanto al lenguaje, ellas se niegan a ser depositarias del habla local y utilizan unos registros foráneos para acentuar la diferencia y en cuanto al aspecto cultural, Europa es el paradigma de la modernidad que ellas ansían, todo se refiere a asuntos culturales europeos. “Las mujeres de Romero, son damas que han sido empujadas al matrimonio y que lo ven como su realización personal, pero se sienten insatisfechas con su vida matrimonial y con su vida dentro de la ciudad de Maracaibo. Es factible suponer una referencia autobiográfica oblicua en estas mujeres que representa Romero” (Isea, 2008, p.132).

Hay en estas damas o *ladies*, como prefiere llamarlas su autor; un conflicto permanente entre sus emociones y los ideales represivos de una tradición. Son mujeres incapaces de armonizar el mundo de sus sueños, con la realidad. Son estudios acabados sobre la frustración de mujeres cultas y refinadas, identificadas con una época que se extinguió y que ellas se empeñan en mantener. Estas mujeres son muy superiores a las domésticas amas de casa, ya que simbolizan un tipo de lucha contra lo común. El refinamiento de estas *ladies*, parece acompañado por una especie de afectación exquisita, que no es más que la máscara de una naturaleza apasionada pero frustrada. “La señorita Estaciones” es una exacerbada solterona, frustrada sexualmente, a la que la necesidad le socava el sentido común. Todas están desvinculadas del ambiente que las rodea y viven en un mundo que ellas mismas han creado, un mundo de dulces sueños sentimentales. Afuera está la vida y sus urgencias, el tráfico automotor, las colas, la gente que maldice y se golpea; los mercados con las colas y sus olores nauseabundos, afuera está la vida de la ciudad real; está el habla local, con sus groserías y palabras soeces, afuera está el sol que decolora la

piel y nos muestra lo que somos. Pero nuestras heroínas nada quieren saber de ese mundo, se recluyen, se abstraen de la realidad disolvente y son solo una estampita, un dibujo, un boceto arrancado de la realidad. No son capaces de transitar las calles y avenidas de la ciudad en que nacieron, se refugian en el apellido foráneo y allí se mantienen hasta el fin, como tributo a una Europa que desean, pero que trágicamente no poseen. Parafraseando a Marshall Berman: “Estas mujeres tienen pensamientos modernos enmarcados en una comarca medieval y al igual que Fausto, están forzosamente privadas de experiencias sexuales por las barreras clasistas o raciales de una sociedad cruel” (Berman, 1988, p. 32). Ellas mantienen una visión contemplativa, son espectadoras pasivas que desean una conexión con el mundo que les sea más vital, erótica y activa.

Creo que la obra de Enrique Romero, nos ofrece entre otras cosas, ciertas claves de una ciudad llamada Maracaibo, donde un grupo humano está “en” un lugar de enunciación problemático e inusitado, que presenta cierta hostilidad y aspereza, donde los reductos sensibles no parecieran tener cabida y son empujados hacia sus casas amuralladas. ☹

Bibliografía

- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores. México. 1988.
- Isea, Antonio. *Figuraciones del hinterland*. Universidad Católica Cecilio Acosta Ediciones. Maracaibo. 2008.
- Lasarte, Javier. *Juego y nación (Posmodernismo y vanguardia en Venezuela)* Fondo editorial Fundarte. Caracas. 1995.
- Monasterios, Rubén. *Un enfoque crítico del teatro venezolano*. Monte Ávila editores. Caracas. 1989.
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Ediciones Cátedra. España. 1992.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Newpshire: Ediciones del norte. EEUU. 1984.
- Romero, Enrique. *Mujeres en Maracaibo*. Monte Ávila Editores. Caracas. 1990.
- Zea, Leopoldo. *La filosofía americana, como la filosofía sin más*. Siglo XXI Editores. México. 1981.

MEMORIA >> DOMINGO IRWIN (1947-2014)

Réquiem por el profesor Domingo Irwin

Historiador, teólogo y docente, Domingo Irwin (1947-2014) fue un reconocido estudioso de la historia militar de Venezuela, autor de una extensa obra en ese campo

FROILÁN RAMOS RODRÍGUEZ

A lo largo de este camino de aprendizaje continuo, es mucho lo que se debe, en particular, a maestros venezolanos y chilenos, que han permitido crecer intelectual y espiritualmente. En diciembre de 2014, apareció un breve texto, que se titulaba “La marcha de un maestro (a don Domingo Irwin)” (*Informe21*, 27 de diciembre de 2014), una primera reflexión. Con todo respeto y admiración, comparto estas líneas de recuerdos personales sobre el maestro y amigo don Domingo Irwin Gaffaro (1947-2014), como un modesto y sentido tributo a su memoria y legado a diez años de viaje a otro plano.

Durante los años de estudio en la universidad, leí por vez primera un artículo sobre relaciones civiles-militares en Venezuela del Prof. Irwin. Luego, conocí en persona al Prof. Domingo Irwin en enero de 2007, en su oficina en el edificio nuevo de la UPEL, en el Instituto Pedagógico de Caracas, en El Paraíso. En esa ocasión, el profesor Irwin me habló en francés, y le respondí con un francés básico, después, conversamos un par de horas de la tarde sobre historia, historiografía, los libros que había leído, y las investigaciones de historia militar que desarrollaba en ese momento (en torno a los venezolanos en la Primera Guerra Mundial).

Más tarde, me llevó a la sede del Centro de Investigaciones Históricas “Mario Briceño Iragorry”, en el mismo edificio, y me guió en la documentación y las publicaciones militares para consultar, y generosamente me obsequió varios de sus libros. Después de ese día, me



DOMINGO IRWIN / ARCHIVO

honoré con su amistad y sus palabras de consejo, llenas de experiencia y sabiduría, siempre me recordaba: “un investigador debe tratar de leer y citar a los autores en su idioma original”, “un académico debe procurar formarse integralmente, con visión del país y del mundo, conocer varios idiomas, aunque fuere solo para lecturas”.

En cada momento que nos veíamos, me preguntaba sobre qué libro estaba leyendo, y conversábamos de temas históricos y militares, desde la antigua Roma hasta la actualidad. En sus pláticas se desprendía su admiración por Samuel P. Huntington y mundo académico anglosajón, que ambos leíamos, y también su humanidad, como un hombre culto, de carácter sencillo, ameno y de apetito por la lectura universal. En otra oportunidad, me recordó que “un historiador debía leer siempre: un libro de su tema de especialidad, un libro de historiografía actual, y un libro de literatura, porque el historiador escribe y debe procurar escribir bien”.

A lo largo de los años, desde 2007 a 2013, vivimos a coincidir y compartir en congresos académicos, presentaciones de libros, en ter-

tulias en La Candelaria, en las universidades, en la UPEL de Caracas, USB en Sartenejas y Litoral, y en la UCAB en Montalbán, donde asistí como oyente a sus clases de seminario en el programa de doctorado en Historia de esta Casa de Estudios, y luego de mi viaje por correo electrónico. En todo momento, el profesor Domingo brindó una inacabable fuente de reflexión, enseñanza y consejo, junto con el ejemplo, su compromiso cívico de servicio a la nación, a los valores democráticos, y el profesionalismo.

El profesor Irwin legó una nutrida obra intelectual, repartida entre libros, capítulos de libros, artículos en revistas científicas, y memorias de congresos académicos. Su temática principal estuvo centrada en lo que se convirtió en una línea de investigación pionera en Venezuela, el estudio histórico de las relaciones civiles y militares. No obstante, el trabajo historiográfico de Irwin abarcó también el estudio de la profesionalización de las Fuerzas Armadas venezolanas, el caudillismo decimonónico, el pretorianismo en el siglo XX, el control civil, el bloqueo naval de 1903, la fundación de la Iglesia protestante en Venezuela, el voto de los milita-

res, la historia militar escrita, entre otros.

Una de sus obras más notables es *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela* (UPEL-UCAB, 2008), en coautoría con doña Ingrid Micett. Se trata de un libro de imprescindible lectura para la comprensión de la complejidad del fenómeno del pretorianismo en las Fuerzas Armadas venezolanas y la experiencia democrática en la nación. Todavía está pendiente un estudio sistemático de la obra intelectual e historiográfica de Domingo Irwin, tanto como historiador como profesor formador de generaciones de profesionales en educación en pregrado e historia a nivel de postgrado.

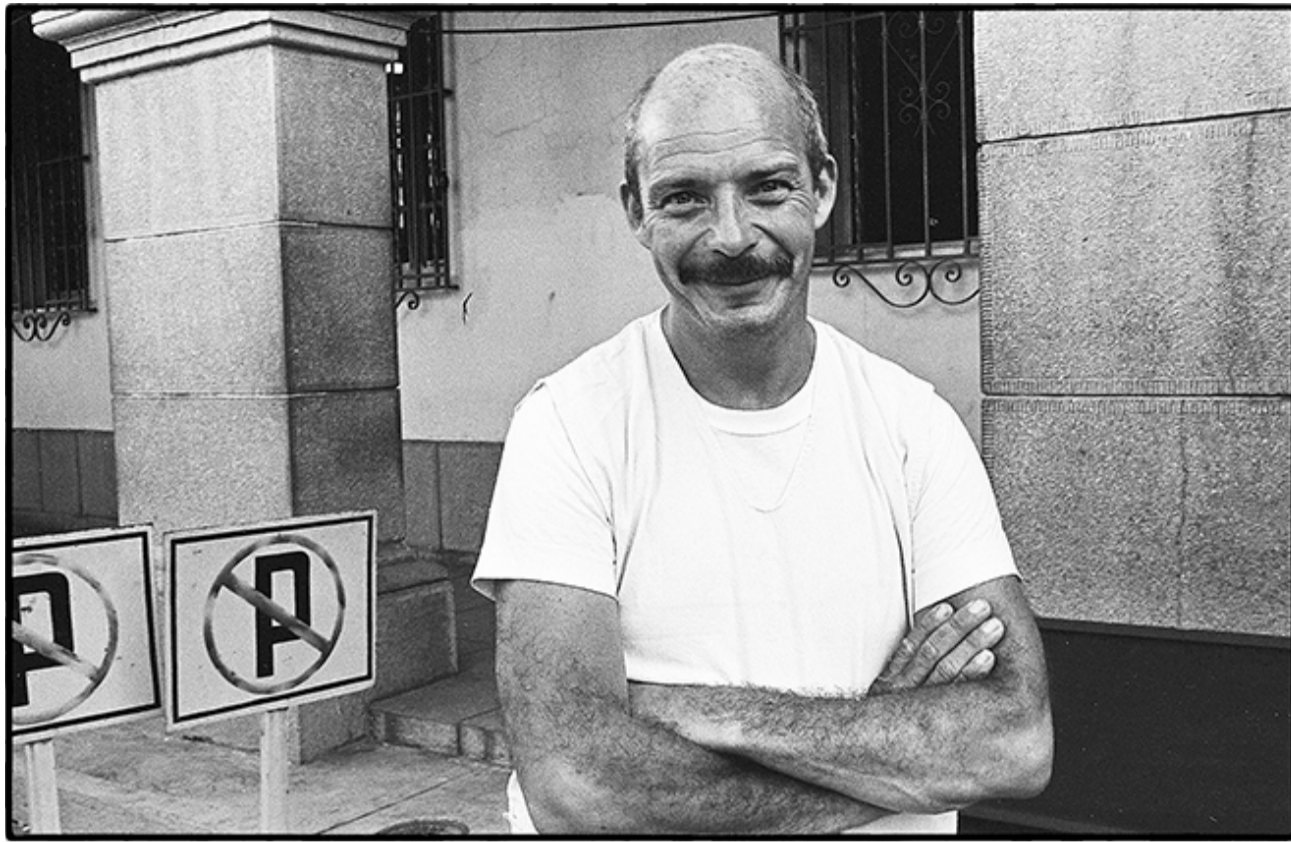
En la tradición alemana, se ha dicho que los profesores continúan viviendo a través de sus libros, de sus discípulos, de sus ideas, e inspiración al estudio. Esto pareciera estar más vigente que nunca, y hoy en día el recuerdo, las lecciones y contribuciones del profesor Domingo Irwin Gaffaro están presentes en el quehacer intelectual, en el trabajo y en la búsqueda de respuestas a los temas que dedicó toda su vida; las relaciones civiles y militares en Venezuela. ☹



MEMORIA >> GERRY WEIL (1939-2024)

Weil: recuento del jazz al piano

Figura central del movimiento jazzístico venezolano, Gerry Weil nació en Austria (1939) y emigró a Venezuela en 1957. Casi una veintena de discos, centenares de conciertos, maestro de músicos y destacado productor musical, son elementos de su significativo legado



GERRY WEIL / ©VASCO SZINETAR

FEDERICO PACANINS

1. El teatro de la Asociación Cultural Humboldt en Caracas es un escenario de lujo para cualquier puesta en escena. Un músico maestro compartiendo ideas que ejemplifican su arte, bien puede tomar allí la ventaja de interpretarlas en un gran piano, abrigado por la intimidad acústica que supone una audiencia interesada en escuchar culta música de jazz, tocada y comentada con gracia y camaradería.

Gerry Weil: un recuento del jazz al piano se tituló la crónica musical patrocinada por El Piano Venezolano e interpretada por el maestro Gerry Weil (Gerhard Weilheim, Viena, 11 de agosto de 1939-Caracas, 16 de noviembre de 2024) que tuve el placer de conducir en el Teatro la Asociación, el sábado 7 de octubre del año 2023. La memoria de lo ocurrido esa tarde hoy conforma nuestra imagen del artista en una etapa final marcada por su toque sabio, pleno de humor y de espontánea bonhomía. Preservar ese evento es el propósito de esta crónica.

2. Los *standards* de jazz fundamentan el repertorio clásico del género. Son las piezas que los jazzistas, durante más de un siglo, han escogido como repertorio útil para improvisar e interpretar libremente. Y recontar el jazz, en el caso del maestro Weil, bien suponía el toque al piano solo de algunos *standards*, parte misma de su repertorio desde hace décadas. Fue así como planteamos presentar un concierto comentado que, por cierto, el maestro pianista ya octogenario quería presentar en términos que me hizo saber telefónicamente:

—Mira, Federico, primero que nada vamos a hacer una lista con cosas que me sé de corazón: desde algún blues propio hasta cosas de free-jazz. Sin orden y ánimo no se puede ofrecer algo bueno.

—Claro Gerry. Vamos con temas que te sepas, te gusten y sean de diferentes géneros y estilos: blues, swing, bebop... baladas... temas de Ellington, Monk, Brubeck... jazz modal, Herbie Hancock... cosas tuyas... tú tocas, yo voy presentando y comentando.

—Fíjate en lo siguiente: tengo que hacer una lista para ir ensayando y repasando. Así fijo el repertorio y dejamos espacio sabroso para que suceda algo libre, algún “Free play” inspirado en lo que se sienta el día del concierto, que por cierto es...

—... El 7 de octubre a las cuatro de la tarde. Antes puedes ir al teatro a ensayar. El piano estará bien afinado y listo el día del concierto. Para otros requerimientos, siempre me puedes llamar a este número porque...

—... Sabes, Federico, mi hijo Gerhard es quien se ocupa de todos esos detalles. Es mi manager de lujo; también tengo una asistente escénica de

primer orden: mi nieta Valerie... Habla con Gerhard y nos vemos el día del concierto...

—Así será, Gerhard o tú me pueden llamar por aquí cuando quieran.

—Con esto de ir armando y revisando la lista de temas, la música y la conversación entre los dos irá muy bien, ya verás.

—Gracias, Gerry. Seguimos en contacto.

—Seguro... Federico.

3. Al comenzar la tarde del día del concierto el teatro está a tono. El piano Steinway de gran cola de la Asociación, afinado y con su tapa abierta, brilla en el centro del escenario. La ambientación, a cargo de Edisson Spinetti, deja ver entre palmeras y elegantes difusores de madera, un set con alfombra, poltrona, mesa acompañante y un atril. El arte de la iluminación, a cargo de Manuel Troconis, juega a crear un ambiente tropical e íntimo.

A las 2 p.m. llega al teatro Gerry, bastón en mano, con Gerhard y su nieta. Toda la amabilidad y el cariño familiar son parte del acto mismo del maestro. Con Gerry jugueteamos con recuerdos de hace años: Jacques Braunstein en el CVA de Las Mercedes, el *jam* para Jacques en el Teatro Trasncho, la desaparecida emisora de radio Jazz 95.5 FM, donde estrenamos varios de sus hoy venerables discos compactos.

Gerhard Weilheim, hijo y manager, revisa los ajustes de las luces de escena, el acondicionamiento de la sala y de los micrófonos para la conversación que sostendremos en la escena. Valerie Cristina Weilheim, nieta del maestro, presta la asistencia musical y va colocando las partituras en el piano. Se acerca la hora comenzar. Toca concentrarnos, y justo entonces aparece la lista de Gerry con algunos cambios que piden ajustes en el guion... así es y debe ser el jazz: preparación previa que incita cambios, riesgos, clave misma de la improvisación al momento de interpretar.

4. 4:00 p.m. Un público numeroso entra a la sala. Los melómanos y músicos presentes saben quién es el artista y cuán importante es este encuentro; acaso un penúltimo canto del cisne con forma de recuento de un artista mayor para el jazz en nuestro país... Los aplausos dejan saber que, bastón en mano y de bracer con su nieta asistente, entra en escena el maestro, quien hace una reverencia y desde el piano se dirige al público:

“Muy buenas tardes. Gracias por haber venido. Estamos honrados, bendecidos y agradecidos con su presencia. Para mí es un gran honor estar hoy aquí con ustedes, con Venezuela mi patria adoptiva. Yo llegué a Venezuela a la edad de diecisiete años y todavía siento que ha sido una gran

bendición haber sido recibido por este magnífico país, por este magnífico ambiente sumamente abierto a la música, al arte, a la musa... qué les puedo decir... los quiero mucho y voy a estar siempre apoyando a mi patria adoptiva, al país mejor del mundo... Venezuela”.

Un nutrido aplauso marca el inicio de un tema compuesto por Weil: “Blues en Bb”; según explica el maestro es un blues en Si Bemol, tonalidad del gusto de los músicos de jazz. Aprovecho la explicación para darle la bienvenida y continuar el recuento con un comentario del blues, definido por Duke Ellington como el lamento cantado de alguien solitario expresando sus penas. El maestro Weil me mira y comenta: “El blues va en una escala hexagonal, de seis notas, con un lamento de esclavitud; un lamento del ser excluido y, bueno, vamos a decir, un lamento de muchos músicos por no pertenecer a la gran familia de la música académica”.

El concierto continúa con un *standard* de Vernon Duke: “Autumn in New York”, tema que en 1947 se convirtió en éxito radiofónico de Frank Sinatra... Otro blues original de Weil —“Blues en Fa”— da ejemplo de los años veinte y treinta del siglo pasado, la era del *swing*ailable, con grupos y orquestas que practicaban el lema de Duke Ellington “*It don't mean a thing, if it ain't got that swing*”. El arte de Ellington también fundamenta la recreación de la muy conocida “*Satin Doll*”, siempre dedicada “a la muchacha que está parada al final de la cola del piano” (Ellington *dixit*).

El tema “*Oleo*” de Sonny Rollins sirve de ejercicio *bebop* para que el maestro Weil revele cómo la estructura armónica de “*I got rhythm*” de George Gershwin, apuntala la variación pianística de “*Oleo*” cual vehículo para la improvisación virtuosa.

Llega el turno al recuento de Thelonius Monk y sus peculiares composiciones: “*Well you needn't*”, interpretada con la clave latina del *bebop* de Dizzy Gillespie y, por supuesto, la nocturna balada “*Round Midnight*”, presta al vuelo lírico del estilo *cool* de Miles Davis y sus pianistas, Red Garland y Bill Evans.

Dave Brubeck, pianista de toque tan personal como Monk, inspira la revisión del conocido tema “*Take Five*”, compuesto por el saxofonista del cuarteto de Brubeck, Paul Desmond. “El *vamp* musical viene de la imagen de un murciélago pegado a unas notas... es una repetición *rítmica* como la del piano de “*Take Five*”, comenta Weil mientras toca el conocido *vamp*... El recuento apunta ahora hacia el *bossa nova* de los años sesenta, interpretando el “*Blue Bossa*” de Kenny Dorham. Le sigue la onda *modal* de los años setenta con la revisión de “*Maiden Voyage*” de Herbie Hancock... Los aplausos y el gesto de agradecido cansancio del maestro dan pie a que su nieta asistente indi-

que que estamos llegando al final del concierto.

5. El prelude a dos magníficos temas de *free jazz*, titulados como “*Free play 1 y 2*”, nos lleva a recordar el arte del *impromptu*: la improvisación pura sin tema preconcebido. Aprovecho así la oportunidad de parafrasear un sucinto perfil de vida y obra que publicara en *El Nacional* en 2008, año en que el maestro Gerry recibió el Premio Nacional de Música:

Caminar por los alrededores de Sabana Grande tiene lo suyo. No es cosa recomendable para parroquianos ingenuos o turistas desprevenidos. Se requiere de cierto paso apretado, propio de un caraqueño acostumbrado a estas aceras.

La mansa pinta del tipo austriaco de tez blanca y ojos azules no pareciera ideal para un vecino de la Sabana Grande caraqueña de estos tiempos. Pero, afortunadamente, toda regla siempre se somete a la prueba de precisar sus excepciones y con ellas rearmarse. Y así como calaba en el vecindario de los años setenta la capa y el sombrero estrafalario del pintor Pascual Navarro, así también caló el pianista de edad mediana, con descolgados brazos acompasados a sus pasos firmes de tranco largo. Es el hombre calvo de la sonrisa amable, digamos, que refleja bonhomía en la misma medida de sus enormes manos prestas a exigir respeto bien por su maestría en el toque de la música o, peor, mediante los fuertes dedos del pianista entorchados en los puños propios de un diestro combatiente de las artes marciales. Que cada cual en la calle escoja.

Para los vecinos de la calle Negrín, se trata del *musiú* simpático que camina firme por las mañanas y se relaciona con la pícaro fluidez de quien siendo ya de aquí, todavía habla español con marcado acento. Un inmigrante establecido en la Caracas que lo rodea desde mediados de los años cincuenta, cuando con diecisiete años llegó a Venezuela para transformarse en una persona pública de las artes.

Gerhard Weilheim, Gerry Weil para los jazzófilos nacionales, encarna el genio y figura de un austriaco adop-

“

El maestro Gerry, jazzista creador de un importante sincretismo cultural austriaco-venezolano-norteamericano”

tado, cultor de filosofías orientales y, sobre todo, músico de jazz. Maestro de generaciones de músicos favorecidos por esas clases particulares que imparte desde hace décadas en un apartamento-estudio ubicado, por supuesto, en su Sabana Grande de siempre. Pianista, compositor, conceptualista de géneros fusionados a la rítmica venezolana. Premio Nacional de Música correspondiente al año 2008, para sorpresa mayúscula de conocedores, conocidos y extraños.

¿Quién iba a pensar hace unos años en Gerry como candidato al Premio Nacional? ¿Quién podía adivinar su nombre acompañando a Eduardo Serrano y Aldemaro Romero en la saga nativa del reconocimiento académico a la música popular encarnada por el jazz? ¿Se trataba del mismo músico que grabó un álbum de jazz-rock titulado *The message* y que también ofrecía otras ondas experimentales?, ¿ese que en los años ochenta retornó al clásico trío de jazz y, también, al arte del piano solo con composiciones propias referidas a nuestro entorno?

Los jazzófilos del patio ciertamente celebramos su fidelidad con el jazz, género de cuya historia y práctica se ha nutrido su acto creativo. Sus colegas, en especial los jóvenes —la pianista y compositora Prisca Dávila, dilecta alumna—, le reconocen capacidad y entrega para impartir clases de piano, composición, armonía moderna y arreglos, según contemporáneos y eficientes métodos personales. El público aficionado al rock, al pop o a cierta música criolla ligada al folclore sofisticado, también le estima y reconoce. Pero es la gente del cenáculo cultural venezolano, acaso más ligada al quehacer académico, la que nos deparó la sorpresa de las sorpresas en cuanto al reconocimiento del artista y, en consecuencia, del género musical que siempre ha practicado.

El maestro Gerry, jazzista creador de un importante sincretismo cultural austriaco-venezolano-norteamericano, ahora también es un laureado compositor de obras mestizas para el piano —“Caballito freno”, “Infancia”, “El viejo puente de La Pastora”, “La revuelta de don Fulgencio” o “Gerrito”, entre otras— que gracias al Premio Nacional recibido quedan inscritas en los llamados “valores de la cultura venezolana”. Y sea quede así corroborada una epifanía del maestro Dave Brubeck, quien entendió al jazz contemporáneo como “Una esponja musical de culturas diversas”; una esponja, complementamos, que absorbió a quien con su Banda Municipal tocaba merengues caraqueños fusionados al free jazz y al rock en los años setenta para, “sin querer queriendo”, encarnar el credo del propio maestro Antonio Lauro: “Amo el folclore; soy nacionalista, pero no creo que en la obra de arte se deba copiar el folclore... el folclore puede estar presente, o mejor, ser sugerido dentro de la música”.

6. Con el aplauso a los dos “*Free play*” interpretados por el maestro después de nuestras palabras, terminó la escena del *Recuento del jazz*. Un cálido mensaje de despedida, propio de un consumado artista, obró como coda final:

“Yo creo que hay un sentimiento que se expresa y se convierte en música. Ese sentimiento es el amor (...). A través de la música llegamos a los corazones de todo el mundo; de niños, viejos, ancianos... negros, blancos, rojos, lo que tú quieras. El amor es la intención final... Yo soy firmemente creyente y adepto a utilizar el amor como mi gesto con el mundo y con ustedes. Es el *impromptu* de creatividad que se produce en el momento la creación. (aplausos). Gracias... La música ya se ha hecho. Lo que tenemos que hacer es conectarnos”. (aplausos y gesto de despedida del maestro Weil). ☺

ENTREVISTA >> ADOLFO CASTAÑÓN, ESCRITOR MEXICANO

“Tiro la basura propia y aun ajena”

Sobre el *Diario* de Rossi, su gestión en el FCE, la situación actual de México y el porvenir de la hispanidad

DAVID NORIA

¡Cómo me gustan esas reuniones con Adolfo!

La conversación abierta y el alma tranquila. Las aprecio muchísimo. Alejandro Rossi, *Diario*, 27-2-1987

David Noria: A propósito de la publicación del *Diario* de Alejandro Rossi, quisiera evocar dos lugares donde lo menciona para tener su impresión. En la entrada del 3 de mayo del 1985, Rossi dice de una visita al Fondo de Cultura Económica: “Nada en particular, salvo ver a Castañón instalado en las oficinas de la subdirección. [...] Con la circulación rápida, atento, alerta, con muchas energías. Así lo veo. Se le quitarán telarañas, esas aburridas ideas marginales, y dejará a un lado las racionalizaciones exageradas de actitudes ambiguas. Buen muchacho”.

Adolfo Castañón: Rossi está hablando del momento en el que yo ocupé la gerencia de producción del Fondo de Cultura y me instalé en la oficina de Jaime García Terrés. Fue un momento importante en mi desarrollo personal, literario y editorial. Dejé de ser un lector salvaje para ser un lector más profesional o institucional. Alejandro Rossi tuvo que ver de alguna manera con ese tránsito. Obviamente él me menciona antes. Habíamos desarrollado una amistad que para mí fue muy importante y lo sigue siendo. Ahí transluce sus ideas a propósito de mi pequeña historia previa y de lo que vendría. Yo había entrado primero al FCE en 1975 o 76, después me salí y regresé en 79. Me admitió de nuevo García Terrés. Entre 1979 y 1985 estuve trabajando como lector, traductor, dictaminador y estuve muy impregnado en la gestión editorial. Eso culminó con el nombramiento de gerente, puesto que tuve desde 1985 hasta 2003. O sea que yo estuve en una posición de poder o de mando más de 18 años, como gerente de producción, gerente editorial, y como coordinador después. Me tocó ser testigo de la gestión Guillermo Ramírez Hernández, José Luis Martínez, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Miguel de la Madrid, Gonzalo Celorio y Consuelo Sáizar.

Unas páginas más adelante, Rossi dice: “¡Es increíble cómo ha cambiado Adolfo en una semana!” El contexto es que usted se convierte en un funcionario. ¿Cómo asumió usted ese papel? ¿En su fuero interno pensaba en una labor meramente literaria o que implicaba una responsabilidad con México e Hispanoamérica? ¿Cuáles eran los valores en que usted pensaba en tanto funcionario?

Yo nunca me creí que el que atravesara yo la condición administrativa de ser un corrector a ser un gerente tuviera demasiada importancia. Pero sí me di cuenta de que yo tenía que ser responsable de una serie de valores y lo único que sucedió fue que esos valores que yo ya conocía y traía, empecé a concentrarlos, echarlos para afuera y organizarlos. Esos valores tenían que ver con mi formación personal por haber sido el hijo de Jesús Castañón Rodríguez, que había sido el redactor del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda. Había nacido en un entorno de libros y me sentía de cierto modo comprometido con la cultura mexicana e hispanoamericana. Alejandro Rossi sabía todo eso.

Alejandro era siempre muy asertivo y le gustaban las expresiones contrastadas, como que yo había cambiado



ADOLFO CASTAÑÓN / ©VASCO SZINETAR

demasiado. Yo no creo haber cambiado demasiado. Simplemente asumí una nueva responsabilidad que tenía que ver con que yo dejé de ser una persona que se dedicaba a corregir pruebas para ser una persona que también tenía que firmar contratos, recibos, y saber por dónde estaba pasando el flujo económico de la editorial. Siempre le di mucha atención a eso. Desde el primer momento tuve conciencia de que al ser nombrado funcionario, gerente, yo adquiría un compromiso que tenía que ver no solo con la selección de libros, sino también, digamos, con una cierta honestidad y probidad. Parte de esa honestidad y probidad está relacionada con que durante todo ese tiempo que yo estuve como funcionario del FCE, nunca publiqué un solo libro mío. No abusé de mis poderes. Y esa moderación me dio una cierta legitimidad. Esa legitimidad también me la ganó porque había la práctica, los fines de año, de hacerles regalos a los funcionarios y yo tuve la buena idea de que la primera vez que me regalaron cosas, a finales del 1985, lo que hice fue rifarlas entre todos los compañeros de la gerencia para que los proveedores vieran que yo no era susceptible de ser tan sobornable, por así decirlo. Todo eso está más o menos entrelineado en la caracterización que hace Alejandro.

En ese sentido, recuerdo que al presentar su colección de poesía, *La campana en el tiempo*, decía que usted estaba orgulloso de los poemas que había escrito pero también de los que no había escrito, y de lo que usted sabe y no ha dicho o no ha escrito: mencionaba la política. Se entiende que en esas palabras hay lecciones aprendidas, experiencias, cosas vistas, pero que también ha optado usted por la discreción. Y entonces yo le pregunto: al momento de aconsejar a las generaciones que siguen sobre lo que eventualmente enfrentarán, ¿cómo asume usted esa elección de la discreción?

Agregaría que estoy más orgulloso de los libros que he traducido y editado que de los que he escrito. En todo caso, la pregunta que usted me hace es difícil y un poco comprometida porque la frontera entre la discreción y la pusilanimidad y la cobardía es, digamos, tenue. En un país como México, la discreción no solo tiene que ver con una atención a no herir el entorno sino también a la propia sobrevivencia y a la decencia de no caer en expresiones demasiado soeces o pintores-

cas. En uno de mis libros, *Recuerdos de Coyoacán*, cito algo de Apollinaire, que dice: “Hay tantas cosas que no me atrevo a decirlos / tantas cosas que no me dejaríais decir”. Yo sé que uno tiene que saber decir, pero también tiene que elegir lo que dice y el momento en el que lo dice. Esto tiene que ver con la ética, la probidad, la cortesía, pero también la convivialidad.

En México, donde hay muchos periodistas asesinados y donde ha sido proverbial el ejercicio de la adulación pública como parte del oficio intelectual, el tema de la discreción está relacionado con las buenas maneras, en el sentido cortesano de Castiglione y Baltasar Gracián. O sea, el intelectual, el hombre de alta corte tiene que ser en cierto modo un discreto. Y el discreto es el que sabe decir y el que sabe callar. El que sabe decir y cuándo hacerlo. Alejandro Rossi, que estaba muy inspirado en Maquiavelo, a quien cita mucho, creo que también estaba inspirado en Castiglione, aunque lo cite menos, y en Gracián. Gracián está relacionado con el papel que tiene el intelectual en el marco de una cultura autoritaria –la cultura barroca–, y que tiene que saber cómo navegar en medio de eso. Entonces, en los nuevos momentos que tenemos en frente, del Gran Hermano que nos está mirando por todas partes, el que se pronuncie tiene que saber cómo se pronuncia, desde dónde se pronuncia, qué dice y qué no dice y ser enormemente certero en sus dichos y en sus hechos, y ser congruente entre sus dichos y sus hechos. Creo que he tratado de ser congruente entre mis dichos y mis hechos, y tratar, digamos, de no dejar tirada demasiada basura anecdótica detrás y tratar de no sembrar nueva basura.

Puede venir al caso un poema que escribí hace poco:

No tengo tesis sino paréntesis
No soy hombre de partido
Solo me siento a gusto entre corchetes
Me gustan los guiones cuando funcionan como paréntesis
Pago mis impuestos
Doy limosna y propina
Tiro la basura propia y aun ajena
No hago proselitismo
No tengo nada que enseñar sino mis propias carencias
Escritos o por escribir llevo libros de un lado a otro
Les busco lector

¿Qué presente y qué porvenir les ve a México e Hispanoamérica?

ca? ¿O cree que se van diluyendo cada vez más y hay que pensar en otro tipo de coordenadas?

Creo que la cultura hispánica, de la cual forma parte México, es un conjunto que tiene que tomar conciencia de sí mismo. Luego está la relación de ese conjunto con las otras culturas. Es decir su interacción, su convivencia con la cultura norteamericana, europea, con las culturas asiáticas, con sus propios subsuelos. Uno de los desafíos que tienen las culturas hispánicas es estar más abiertas al diálogo con sus propios sótanos o subsuelos, entendiendo por estos a las culturas indígenas y a sus herencias soterradas. En ese contexto tenemos mucha tarea por hacer. A mí no me preocupa tanto lo de las fronteras como etiquetas, sino la forma en que se van a poder institucionalizar o encauzar las expresiones de esos sótanos en un nuevo paradigma y cómo se les dará voz a las culturas indígenas y a las propias culturas hispánicas tradicionales y en ese sentido, como digo, creo que tenemos muchísima tarea por desarrollar. No hay que dejarnos encandilar por el hecho de que se supone que la cultura norteamericana avasalla completamente todo. Creo que eso no es cierto, y que más bien habría que pensar en que la cultura hispánica es en realidad una cultura enormemente dinámica y enormemente creciente, arrebatadora, y que tiene que tener conciencia de su propio poderío. Creo que parte de la crisis de identidad de la cultura hispánica está allí, en la falta de conciencia de ese poderío que tiene, y la fuerza y la soberanía que puede tener tanto en términos económicos como demográficos, religiosos, políticos y, por supuesto, literarios. Todo eso sue-

na muy vago, pero es cosa de irlo viendo en sus encarnaciones particulares.

Por otro lado, México tiene un gran capital nacional fuera de México con sus emigrados y dentro de México con sus propios sótanos o subsuelos. Y hay muchas tareas que desarrollar en ambos horizontes, que también tienen las otras comunidades hispánicas. Entonces en términos de globalidad, ninguna cultura global o planetaria tiene tanta coherencia en sus desafíos como las culturas hispánicas. En ese sentido diría que estamos muy bien situados y donde tenemos que poner el énfasis es en ver cómo logamos capitalizar esa situación de forma positiva para tener ese liderazgo o capitania a nivel global.

En relación con los subsuelos o sótanos –que hay que ver como desafíos y yacimientos–, habría tres temas principales: uno, el que concierne a la situación de los niños explotados formal e informalmente, y a la crisis de la educación subsecuente; dos, que va de la mano con la cuestión del comercio ilegal de todo orden, incluida la cuestión del narcotráfico, que afecta desde luego a toda la población, pero en particular a los jóvenes y a los niños; tres, los efectos de la migración. Esto afecta tanto a los migrantes mismos como a la población local. Este conjunto de factores levanta un espejo ante las políticas públicas. Un tema complementario sería el de la inestabilidad del Estado social de derecho y de la condición intermitente de las leyes y la legalidad en México. No solo está en juego el tema de la corrupción, el plagio, la plagiocracia, sino también el de la zozobra afectiva que produce vivir en un país donde las reglas no son muy claras. La violencia parece desbordar las instituciones. Un ejemplo de esto serían los casos de linchamientos en estados como Puebla, que han naturalizado la muerte. Este panorama es un desafío para las instituciones. La república mexicana no solo tiene fronteras marítimas con Asia, sino que las poblaciones asiáticas, chinos, coreanos, japoneses, al asentarse e instalarse en México terminan produciendo una inestabilidad cultural y psicológica. Por fortuna, hasta ahora la autoconciencia cultural mexicana ha sabido lidiar con estas fuerzas.

(Continúa en la página 10)

1Alejandro Rossi, *Diario* (1973-1989), edición de Malva Flores, Milenka Flores y David Medina Portillo, tres volúmenes, Ariel, México, 2024.



NOVELA >> PUBLICADA POR KÁLATHOS EDICIONES (ESPAÑA, 2024)

La nueva versión de *Sacramento de la guerra*

Poeta, pintor, ensayista, narrador y teólogo residenciado en España, Ricardo Bello Toledo (1953) ha regresado a su novela *Sacramento de la guerra*, publicada en 2018, y le ha agregado dos partes, que ahora se publican en un solo volumen, con un prólogo de Alejandro Oliveros

GUILLERMO CERCEAU

Hace ya seis años tuve la oportunidad de presentar *Sacramento de la guerra*, que en esa oportunidad era una novela completa, con un complejo relato de idas y venidas pero inteligible por sí misma. En ese momento, escribí, se trataba de un esfuerzo por comprender una realidad muy compleja, a través del *bildungsroman* idealizado del autor. Tiempo después, Ricardo Bello decidiría escribir una segunda y luego una tercera parte de esta historia y todo lo que habíamos apreciado en la ahora primera parte se transformaba al pertenecer a un mundo narrativo más amplio. Todavía puede leerse de manera independiente, pero difícilmente el lector se detendrá en esta otrora novela completa, y querrá saber cómo continúa, qué le sucede a Daniel Toledo, el personaje principal y, en fin, cómo se desarrolla una historia de una gran riqueza temática.

Las dos partes adicionales de esta nueva edición modifican de manera sustancial el carácter de la novela original, ahora primera parte, porque si bien no ha habido cambios importantes, el lector la recibirá en un contexto que estaba ausente y que, solo de manera muy superficial, se puede considerar su continuación. De hecho, las dos nuevas partes suponen y se basan en la primera, pero tanto la persona de Daniel como el contexto en el que su historia se desenvuelve son completamente distintos; de hecho, una discontinuidad temporal de 30 años, inexplicable en términos de la novela cuasi realista que ahora es la primera parte, se presenta, al menos para este lector, como un enigma insoluble, como esos saltos espacio-temporales frecuentes en las novelas de Murakami que, por otra parte, serían estructural y estilísticamente incompatibles con el desarrollo de la historia hasta ese momento en que nos decimos, “me faltan treinta años”. Puesto que Bello es un escritor cuidadoso, gran conocedor de la literatura y poseedor de un sentido crítico muy agudo, nos inclinamos a pensar que no se trata de un



RICARDO BELLO TOLEDO / ©ZOE BELLO

enigma ni mucho menos de una falla estructural sino más bien, y estamos conscientes de que se trata de una hipótesis atrevida, de un dispositivo metafórico que sirve para establecer una conexión entre la narrativa y el estado espiritual del protagonista que podemos, sin mayor audacia, identificar, al menos parcialmente y en un registro simbólico, con el autor. Tal vez en la búsqueda que Ricardo Bello persigue desde su juventud más temprana y que pareciera encontrar un fuerte anclaje en su catolicismo practicado con absoluta convicción y seriedad, se perdieron treinta agitados años de exploraciones que, distintas a las de Daniel Toledo en forma y contenido, se parecen mucho en su dimensión espiritual. Dejemos de especular.

Esta nueva edición de *Sacramento de la guerra*, a diferencia de la primera, es difícil de leer. La prosa de Bello es muy clara y en la segunda parte, en la que abundan los diálogos, es bastante coloquial. La dificultad no está en el lenguaje sino en las coordenadas religiosas y políticas de la obra. Si la primera parte era, de alguna manera y tomando en cuenta las muchas peripecias del argumento, *straightforward*, la segunda parte nos deja ver la compleja y confusa situación que vive el protagonista. Una serie de hechos que bien pudieran ser accidentales son vividos por este como partes de una conspiración contra él. La sólida amistad que en la primera parte Daniel desarrolla con un clérigo sirio que lo ayuda en su conversión al islam, aparece ahora teñida de misterios, sospechas y situaciones ambiguas. El amor de su esposa, uno de los puntos más firmes

de su vida en el Medio Oriente, ahora es cada vez más una referencia, una sombra de un pasado cada vez más inaccesible. Su relación con el mundo musulmán, mundo complejo en el que la religión, la política y la vida cotidiana se encuentran íntimamente entrelazadas, queda reducida, o así lo parece, a una fidelidad dogmática. La profesión de fe, las distintas oraciones y, sobre todo, las argumentaciones con un amigo sacerdote católico, parecieran ser los únicos restos de una vida otrora dedicada a Dios, sin fisuras, sin dudas y en la plenitud de la dicha conyugal, la certeza religiosa y la paz personal que tanto había buscado.

En esta segunda parte se hace presente lo que, quizás, es la parte más débil de lo que en realidad es una obra original, por momentos erudita y un gran logro narrativo y estético. Nos referimos a la relación del protagonista, aquí más que en ninguna otra parte del libro, con el actual gobierno venezolano y su constelación de significaciones institucionales, simbólicas y políticas. Por momentos, los “chavistas” de la novela, sean activistas políticos o funcionarios gubernamentales, aparecen de manera plana, portadores de vicios y malas intenciones, carentes de cualquier pensamiento noble o incluso, inocente. Creemos que una parte importante de estas simplificaciones son el resultado, muy humano y comprensible, de las circunstancias vividas por el autor. Pero muchas otras, quizás las menos excusables, son parte del repertorio de prejuicios acumulados tras décadas de un gobierno que se define como socialista y que ha tomado medidas que han incomodado

y perjudicado a un sector de la población, a lo que se agrega el agravamiento de la pobreza y la precariedad en la que vive la mayoría de la población desde hace ya muchas décadas y que un gobierno que llegó al poder con la promesa de acabar con esas situaciones no ha hecho sino agravarlas. Pero nuestra intención no es culpar ni exonerar al autor de sus críticas al *status quo* sino señalar que las mismas pudieran encuadrarse en una visión menos dicotómica. Para cerrar este punto, nos hubiera gustado que la profunda sensibilidad y acercamiento afectuoso que el autor realizó en la primera parte, tratando de echar luz sobre una situación mu-

chísimo más compleja y trágica que la nuestra, no haya tenido el mismo espíritu de indagación que la situación de nuestro país, país que Bello ama con auténtica pasión, merecía.

La tercera parte es realmente sorprendente. Aunque se nos han señalado indicios en repetidas oportunidades, al menos este lector fue sorprendido por un desenlace de carácter cinematográfico, excelentemente bien preparado y narrado que, sin embargo, lejos de cerrar los muchos paréntesis que el libro ha ido abriendo a lo largo de sus páginas, nos deja desconcertados. Tal vez el autor quiso que el lector entrara en una especie de realidad paralela en la que todo es posible y en la que los misterios no son rompecabezas a ser resueltos sino elementos constitutivos de la realidad, es decir, que entremos por un momento en el confuso y alucinado mundo de Daniel.

Cada lector encontrará estas mismas preguntas por sí mismo y, quién sabe, tal vez si no todas, algunas de las respuestas. *Sacramento de la guerra*, en esta segunda edición que es, en cierta manera, una segunda versión, es una obra compleja, llena de sorpresas y salpicada de muchos pasajes notables de la mejor prosa de Bello. Seguramente será controversial, para judíos y musulmanes, para izquierdistas y derechistas, para chavistas y opositores. Bello es un escritor penetrante, estudioso, gran lector, hombre de sólidos principios y, para quienes hemos tenido la fortuna de conocerlo personalmente, un hombre generoso y amable que puede pasar por encima de las pequeñas diferencias que nos separan y apuntar al corazón de lo que importa. ☉

“

Las dos partes adicionales de esta nueva edición modifican de manera sustancial el carácter de la novela original”

“Tiro la basura propia y aun ajena”

(Viene de la página 9)

En términos lingüísticos, cabría observar la evolución del español hablado en México como un índice de los cambios presentes y porvenir. Este conjunto de temas desemboca, repito, en el punto frágil de la condición de la infancia y la niñez en el ámbito nacional. No todos los niños viven y se educan en una familia tradicional. Una gran cantidad de la población infantil está expuesta a la intemperie, a la trata, al trabajo ilegal y a la explo-

tación y no siempre puede ser atendida por las escuelas, ya no digamos por las universidades. En este contexto al parecer ingobernable, la función del escritor se limitaría a la de ser un observador con cierta capacidad de organización mental para no perder el hilo del sentido de la historia que está tratando de narrar. La literatura, el cine, las artes plásticas, la música tienen desde luego un papel importante en esta meteorología.

El tema del suelo o de los subsuelos, de los rescoldos, es un tema de largo

aliento, que incluye lo cultural, lo psicológico y lo económico.

En el horizonte de la cultura hispánica, ¿México tiene una responsabilidad particular?

Por supuesto que sí. México es la frontera de la frontera de la frontera. Es decir, somos la frontera de Estados Unidos con América *at large*, la América profunda. Somos la frontera entre el Pacífico y el Golfo. Somos la frontera entre la cultura indígena, colonial, liberal y tecnológica. En ese sentido somos un espacio de experimentación, donde conviven distintas culturas. El papel de México es un papel enormemente interesan-

te y delicado. Tiene que tomar conciencia de su propia importancia. La importancia de México es la importancia de su pluralidad, entonces los que quieran capitalizar esa importancia tienen que tener conciencia de la pluralidad. Creo que no hay ninguna fuerza política en este momento que sea capaz de verse en el espejo de esa enorme pluralidad. Ni un partido político, ni una iglesia, ni siquiera las universidades. Quizá la cultura tenga una posibilidad de asomarse a esa vislumbre, pero por supuesto que estamos en déficit con esa visión de la gran riqueza de la pluralidad que tenemos en relación

con la capacidad de articularla y darle voz. Estamos en déficit pero al mismo tiempo México es un país que tiene una gran fuerza, tanto dentro de México como fuera de México por su empuje en Estados Unidos, en Europa, en España, en Francia, incluso en Asia. Y en ese contexto, una de las características de la soberanía mexicana tiene que ver con la religión. México es un país enormemente religioso y gracias a esa religión nos encontramos con la Virgen de Guadalupe en todas partes y también con toda la idea mágica de México. Todo ello hace parte del carisma mexicano. ☉